AFLAMACIONES FESTIVAS

IPLO
173
ATN
821

LTN
821

ACLAMACIONES FESTIVAS,

Y ALEGRES DEMONSTRACIONES,
QUE HIZO
LA MUY NOBLE, Y MUY LEAL

CIUDAD DE PAMPLONA CABEZA DEL REYNO DE NAVARRA,

EN LA ENTRADA DE Nra. SEñORA
Doña MARIANA DE NEOBURG,
PRIMERA REYNA VIUDA DE ESPAñA,
y Eſpoſa que fué del Catholiciſſimo
REY DON CARLOS SEGUNDO.

REFIERELAS POR ACUERDO DE LA CIUDAD,
dedicadas á la Ciudad miſma.
EL MENOR DE SUS SERVIDORES, Y EL MAS
apaſionado de ſus glorias.

CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES.
En Pamplona: En la Oficina de Joſeph Joachin Martinez,
Impreſſor, y Librero. Año 1738.

A.R.S.

AL MUY ILUSTRE AYUNTAMIENTO

DE LA MUY NOBLE, Y MUY LEAL CIUDAD DE PAMPLONA, CABEZA DEL REYNO DE NAVARRA, Y CORTE ANTIQUISSIMA DE ſus Monarcas.

INSTITUCIÓN SANCHO EL SABIO
Obra Social
Caja de Ahorros de Vitoria

TRAJOME à la fantasìa una idèa; no sè, ſi el obſequio, ò ſi el comun alborozo, que excitò en los pechos Pamploneſes V. S. con las plauſibles demonſtraciones, à que fiò ſu garvo el deſempeño de ſu fidelidad inata à nueſtros Catholicos Reyes; y antes de conſultarla con la razon, de miedo de que no quiſieſſe darla ſu aprobacion la cordura, de

repente la dibujè en el papel, por ſi acaſo alguno de mejor pincel queria ſervirſe del dibujo por diſeño. Atrevimiento fuè, no lo niego: pero de que caſi eſtàba para echar à V. S. la culpa. No fuera tan grande la amabiliſsima dignacion de V. S. y ſe contendria la gratitud de èſtos ſus fieles Subditos, y apaſsionados Hijos dentro de los limites de la razon, ſin paſſar la raya, y ſin querer tocar como con la mano, al buelo de la pluma, las Eſtrellas, que eslabonadas entre sì forman aquella dorada faxa de reſplandores, en que puſo ſu Zodiaco el Sol de la Juſticia en eſte año. Atrojo fuè, Señor, en que corrieron parejas mi amor à la Patria, y mi inconſideracion; mas con la deſgracia, de que aviendo comenzado juntos la carrera, quedò muy corto, y à los principios mi amor, y ſolo llegò al termino, y mas allà la inconſideracion de mi afecto, con el efecto de ſu inconſideracion. Remontème haſta los pies de V. S. Mal dixe, haſta el Solio de vueſtra dignacion me conduxo la altaneria de un juvenil ardor; como ſi fuera acceſible à buelos de pluma tan principiante en bolar la encumbrada elevacion de una Ciudad, que ſiendo la Corona del floridiſsimo Reyno de Navarra, es Coronacion, y ſubido apice en la Corona de Eſpaña. Deſde eſte alto Trono, en que adorè vueſtras plantas, conocì à mejores luces mi atrojo; porque conocì la altura, à que elevàron à V.S ſu conſ-

tante

tante piedad, desde que la regàron con sus sudores los primeros Heroes de perfeccion Christiana, su incontrastable fidelidad à sus Principes, desde que colocò su lealtad por antemural de la seguridad de España su dignissimo Fundador; y en fin su incomparable gloria en Armas, y Letras desde que tuvo tan Nobles Hijos, como ha dado à luz, para que la diessen al mundo, y han competido en celebrar à V. S. tanto con las hojas del azero, como con los filos agudos de sus eruditos trabajos. Al golpe de tanta luz, advertì, que no eran de hierro los eslavones de las cadenas, con que se honra V. S. y explica su inalterable fidelidad à sus Monarcas, si no de purissimo oro, en que centelleando flamante siempre su amor, ciñe de luces, sin menguante sus sienes, encadena trofeos à trofeos, y glorias à glorias, numeradas por las Estrellas, que lleva el Cielo de tan generosos pechos. Tanto resplandor me hizo abrir los ojos, dandome en rostro con mi mismo atrevimiento; y al contemplar las glorias de una Ciudad, que bastaba à dàr nombre à un Reyno, que se llamò muchos siglos de Pamplona, como aora de Navarra; cortè el buelo, dexando la narracion de sus proezas à mas difusos Anales, en quienes ni aun cabran, por salir del marco lo desmedido de sus heroycidades. Al considerar à V. S. al renacer el Mundo Ciudad puesta sobre el monte, y

la

la primera, que al entrar por el Pirineo fundò Tubal en Eſpaña, deſpues del Univerſal Diluvio, en que naufragò el primer Mundo, no quiſe paſſar adelante, ſirviendome de eſcarmiento la conſideracion, que à aquel otro inconſiderado joven le pudiera aver detenido en ſu ruyna.

Ovid. metam lib. 2. *Sors tua mortalis; non eſt mortale quod optas; plus etiam, quam quod ſuperis contingere fas eſt neſcius afectas.*

Con eſte penſamiento cortè el hilo à los elogios de V. S. interrumpiendo la hermoſa cadena de ſuceſſos, que pudiera continuar deſde las primeras niñezes del mundo, haſta las preſentes edades, en las quales tampoco ſe olvidò el Cielo de dotar à V. S. con hijos, capaces de honrar cada uno un Reyno, y de dàr nombre à una Ciudad, que no ſea V. S. que como llegò tanto ha al colmo del honor, no aumenta ſu luz, porque le nazcan Aſtros de nuevo, aunque ſean de la primera claſſe, como no padecerà mengua ſu claridad, aunque no tuvieſſe quien celebraſſe ſus glorias; en la ſatisfaccion de que ſiempre es, como ſiempre ha ſido la Grande, la Fideliſsima, la Muy Leal, y Noble Corte de los antiquiſsimos Reyes de Navarra; que todo eſſo quiere decir, PAMPLONA.

Si todas eſtas coſas, y otras muchas mas, que ſabe aun el que mas ignora, me huviera dexado vèr la

turba-

turbacion del primer alborozo, ſe hüviera quedado en fantasìa mi idea, ſin traſladar el eſclarecido nõbre de V. S. de la imaginacion à la pluma; porque ſolo debiera uſar de los caracteres del nombre de PAMPLONA, quien ſupieſſe formar caracter del eſtremado garvo, y magnificencia de ſu galante bizarria. Mas yà que nombrè à V. S. y puſe ſu nombre en lugar del mio en la fachada de eſte pequeño membrete, porque aya algo grande en ſus hojas, perdone V. S. que me reſguarde à ſu ſombra; y pues no preſumo merecer la aprobacion en el tribunal de ſu juſtificada diſcrecion, dexeme apelar à la ſala de gracia de ſu clemencia, en donde por mas que fiſcalice la critica, haràn alegatos en mi favor mi apaſionado afecto à todas las coſas de V. S. mi deſeo de aplaudir ſu galanteria, y diſcrecion, el gozo de vèr el ayre con que deſempeña el alto concepto, que logra V. S. tanto tiempo hà de ſus Principes, y Monarcas. Y ſi no baſtaren eſtos alegatos, abogarà por mi toda la verde, y amena juventud de los floridos años, que llena de alborozados eſpiritus, y eſpiritoſa à influxo de ſu verdor, pedirà como de juſticia la gracia, que otorgarà V. S. ſin duda, atendiendo al Proceſſo, y viſtos los Autos, deſpues que reflexione, que por muchos que ſean mis yerros, es mas ſu dignacion; y que à ſu ſombra, aunque paſſen por yerros, iràn ſobredorados, y ſin que ſe conozca

la

la vena, que les diò el primer sèr. En esta confianza, mientras ruego al Cielo prospere à V. S. dilatados siglos, por seguro Alcazar de la Religion, gloria del nombre Christiano, seguridad de la Monarquia Española, Contraste contra la furia de las enemigas huestes, y elevacion de el esclarecido blason de Navarra, le presento estas hojas, no para que las lea, porque no descubra las tachas de la ofrenda, sino en prendas de mi voluntad, obsequiosamente rendida à sus plantas, que desea no la critica de su discrecion, sì la sombra de su nombre: à exemplo de aquel, que dedicando al Cesar unos versos, se juzgaba bastantemente pagado, con que los recibiesse, sin presumir pusiesse en ellos sus ojos.

Marcial. libro 5. Epig.

Mittimus, ò rerum felix tutela, salusque,
Sospite quo, gratum credimus esse Iovem.
Tu tantum accipies: ego te legisse putabo,
Et tumidus Galla credulitate fruar,

SEñOR

B. L. P. de V. S.

El menor de sus Apasionados Servidores,

PRO-

APROBACION DEL LIC. DON JOACHIN DE Muru, Cura de la Parroquial de San Saturnino de Pamplona.

QUando todos los motivos que cautivan al mas eſquivo genio no huvierã conſpirado à hacer en mi un Subdito por inclinacion, por agradecimiento, y por quantos titulos cabe el mas rendido, ſolo el favor con que me honra V. S. remitiendome para la cenſura el papel intitulado: *Aclamaciones feſtivas, y alegres demonſtraciones, que hizo la muy Noble, y muy Leal Ciudad de Pamplona, Cabeza del Reyno de Navarra, en la Entrada de Nueſtra Señora Doña Mariana de Neoburg, primera Reyna Viuda de Eſpaña, &c.* Sobra à eternizar mi agradecimiento, pues logra mi deſeo, no ſolo deſahogo, ſino en la obediencia anticipado el guſto.

Le he leido, Señor, mas con una eſpecie de embeleſo, que podria embarazar el juicio, à no ſer de tan noble naturaleza el motivo; pero es cierto, que ay lances, en que es la admiracion la mejor cenſura, y no ſiempre es eſta hija de la ignorancia. Refiere el Autor los ſuceſſos con verdad, y elegancia, los ordena con claridad, y hermoſura, demodo, que ni lo vario los confunde para la inteligencia, ni la continuacion de ſu primòr le quita lo admirable à la Obra. Es tan perfecta, que ſu florida hermoſura enamora, ſu ſazonada elegancia arrebata; y aun eſtoy por decir, que ſu viveza reproduce lo miſmo que relaciona.

No ſolo parecen ſus voces ecos de los ſuceſſos (en que vence el impoſsible de Auſonio pintando el eco) ſino que hace con el modo, con que los pinta, parezca realidad lo que es ſombra: no ſolo repite la maravilla de Synaì, en donde las voces ſe oìan por los ojos, ſino que creo ha de aver, quien leyendole, juzgue, que aun vè los bultos de los objetos, como allà, con menos motivo, cantò Ovidio:

Et videor vultus mente videre tuos.

Porque los pinta con tanta viveza, que temo ſe quexe la memoria de la viſta, ò que en la narracion de caſos, en que tuvo tambien lugar el ſuſto, ſe halle en el deleyte el miedo.

Pero quando por esta razon, tomando las voces al mejor Poeta, iba à explicar mi gratitud, ò mi admiracion de esta forma:

O decus, ò famæ merito pars maxima nostræ.

Se embarazò la lengua en la ignorancia del Autor de la Obra; porque aunque (como dice el Sabio) por su doctrina se conoce el erudito, como la proceridad de la planta por lo grande, y gustoso del fruto, razon, porque tomando las voces à un Poeta, quise saludarle, diciendo:

Salve Pater, Secli decus admirabile nostri.

Ha sido tanta su modestia, que no quiere mas nombre, que su Obra; bien, que quando oculta su gracia, la derrama.

No obstante es lastima, que ignore nuestra obligacion la mano que la desempeña, aunque fuera à costa de buscar colores, para explicar nuestra gratitud; pero sea quien fuere el sugeto, es inegable que son sus colores los mas finos para el assumpto: sea Blanco, Negro, Rubio, ò Bermejo, no le podrà decir, ni el que en tan universal alegria experimentò lo falible de la gloria humana el

Non est conveniens luctibus ille color.

Pues el galante color, y sazonado chiste, con que la pinta, hace feliz la desgracia, siendo Acreedor el Autor à que le coloque la Imperial Pamplona entre los que inmortalizan su gloria. Por lo que (pues no tiene el papel cosa, que no sea conforme à los dogmas de la Fè, y buenas costumbres) juzgo se le puede dàr la licencia, que para su Impresion se solicita. Este es mi sentir. *Salvo, &c.* Pamplona, y Octubre 19. de 1738.

Lic. D. Joachin de Muru.

IMPRIMATUR.

Lic. Lubian.

CEN-

CENSURA
DEL SEñOR DON JOSEPH IGNACIO DE COLmenares, del Conſejo de ſu Mag. y ſu Oidor Togado en el Tribunal de la Camara de Comptos Reales de èſte Reyno de Navarra.

REpetidas veces ſe quexan varios Naturales ſabios, de que los Navarros ocupados en hacer coſas heroicas, no han cuidado de eſcribirlas, dando lugar, à que muchas queden ſepultadas en el olvido, y otras ſe refieran desfiguradas por falta de noticia, ò por malignidad de los Eſcritores eſtraños. Haſta el ſiglo paſſado ignoro, ſe huvieſſe dado à la luz publica obra alguna Hiſtorica de èſte Reyno eſcrita por Natural ſuyo; porque las pocas, que antes ſe eſcrivieron, no ſe traſladaron à la prenſa, ſin exceptuar la Chronica del Señor Principe de Viana Don Carlos, harto precioſſa, aunque ſe preſcinda del Real caracter de ſu Autor.

Nadie pues eſtrañe en eſta general negligencia, que nos falte noticia exacta de los recibimientos hechos à Perſonas Reales, que hacen parte de la Hiſtoria. Hubolos en el ſiglo diez y ſeis; pero andan tan diminutos todos nueſtros Eſcritores, ſin exceptuar al mas canſado, que ignoràramos, que fueron magnificos, y juſtamente celebrados, ſi la curioſidad Franceſa no los huvieſſe pubicado con ocaſion de uno, que miràba à Princeſa de ſu Sangre Real en la carta eſcrita por *Monſiur de Lanſac* al Cardenal de Lorena de Tudela à 15. de Henero de 1559. que anda con las Memorias de *Auguſto Galland*, y en el *Diſcurſo* del Recebimiento eſcriso en Francès, que ſe imprimiò en *Leon* año de 1560. y de los demàs de èſte, y del ſiguiente ſiglo en lugar de Relacion completa, ſolo tenemos noticia muy eſcaſa, ò memorias cerradas en los Archivos.

Con eſte repetido eſcarmiento quando honrò con ſu Real preſencia la primera vez à eſta Ciudad la Reyna Nueſtra Señora felizmente Reynante, ſe encomendò la Relacion de ſu Recebimiento à la fuente, por donde ſe comunica la eloquencia al pùblico, y fuè au caval, y celebrado el deſempeño, que no eſtraño, ſe haya repetido el encargo, ſin fiarlo al deſcuido de los Patrienſes, que

en

en alavar ſus coſas, y no en otra materia, ſon ſiempre cortos.

Finalmente en eſte Papel (que he leìdo por comiſion de el Real Conſejo de èſte Reyno) no encuentro coſa opueſta à las Regalìas de ſu Mageſtad, ni à las buenas coſtumbres; y aſsi no hallo reparo, en que ſe conceda la licencia, y concluyo aplicando con mudanza de dos palabras à la obra, y a ſu Autor eſtos verſos eſcritos en coyuntura ſemejante por *Adolfo MeKherch*:

Hic velut in tabula, divino munere Rufus
Acignus ſcripſit, melius noſtratia noſtris.

En mi Eſtudio à 19. de Octubre de 1738.

Don Joſeph Ignacio de Colmenares.

En virtud de eſta Aprobacion concediò la licencia el Real Conſejo.

Franciſco Ignacio Ayerra, Sec.

PROLO-

PROLOGO AL QUE LO LEYERE.

AMigo Lector, voy de paz, y de buena fee, no por alabanza de mi trabajo; que bien juzgo, que no la merece, ſino por merecer tal qual agradecimiento à mi buen deſeo, que junto con el precepto, de quien eſtimo ſobre las telas de mi corazon, fue el motivo de comenzar eſta Obrilla. Ella es diſpoſicion de quien me tiene obligado, y rendido, que en lo demàs, eſtava lexos de emprenderla con tanta prieſſa, y acceleracion, y mas no conociendo ni aun de viſta los ſugetos de quien hablo.

No lleva nombre eſte librete, porque ni haſta aora le tiene, ni juzgo que le tendrà. Obras, que no ſon de ley, no eſtàn comprehendidas en las leyes. Si no te parece bien, haz cuenta que le echas un jarro de agua al Autor, con eſſo podràs bautizarle, y ponerle del nombre que te parezca. No te mates en averiguar còmo es mi gracia, que acaſo deſpues, quando me leas, diràs, que no la tengo, con peligro de desbautizarme. En todo caſo, dexame aſsi, que me tiene cuenta por todos lados. Si guſtares de mi, no podrà venirme vanidad, ni cauſar embidia. Y ſi, como es natural, hicieres aſcos, y hazañeria de mi pluma, me queda el adbitrio de no darme por ſentido, ayudandote à murmurar de la Obra, haſta encontrar con otro; que aunque

no ſea mas, que porque tu lo contradices, dè en la manìa de alabarme, por tenertelas tieſas, y apoſtartelas, llevando las contradictorias.

En todo caſo, y fuera de chanza, me alegràra poder cumplir con mi aſſumpto, y que no perdieſſen en mi boca, y en mi pluma la gracia natural, y artificial, que las dieron ſus Autores, las feſtivas aclamaciones, que pretendo referir: ſi eſto lo conſigo, te doy licencia para que en lo demàs digas lo que quiſieres; pues no pretendo mas recompenſa à mi trabajo, que el miſmo, ſi fuere el que debe, y el aver ſervido de algun modo à una Ciudad, à quien tanto venero, y por tantos titulos aprecio. Por fin, y poſtre, ſalga como ſaliere la Obra, yo te ofrezco no meterme otra vez en fieſta de once varas; que aunque no puedo decir que me he metido donde no me llamàron: pero yà ſabràs, ſi eres leido, que no es lo miſmo ſer llamado, que ſer hombre eſcogido. No te quiero detener mas; manos à la obra.

DISPOSICIONES
ANTES DE LA ENTRADA
DE SU MAGESTAD
EN PAMPLONA.

NO sè què se tiene la Mageſtad de una perſona Real, y el ayre de un Principe: jamàs ſe dexan vèr en los Pueblos, ſin embiar delante por Apoſentadores de ſu grandeza el jùbilo, el alborozo, el regozijo, y una univerſal comocion de voluntades, y afectos. Corriò eſte Verano por Eſpaña, que diſponia paſſar à ſus Dominios la Sereniſsima Reyna, y Señora nueſtra Doña Maria Ana de Neoburg, primera Viuda de Eſpaña, y Eſpoſa que fuè del piadoſiſsimo, y Catholiciſsimo Monarcha (que Dios aya) Carlos II. Y aun quando

do no era noticia fixa, ni salìa de los terminos de posible, causò tan extraordinario gozo en los pechos Españoles, que todos lo daban por hecho, à pesar de los muchos achaques, y quebranto de la salud de la Reyna, para emprender el viage, solo porque assi lo deseaban. Con esto he significado bastantemente, à mi parecer, quan alborozado estaria à este tiempo, y con semejante rumor todo el fidelissimo Reyno de Navarra, q̃ como no permite se le adelante ninguno en lo q̃ es cortejo, y galante ostentacion de fidelidad à sus Reyes, quiso ser tan primero, ò por mejor decir, tan sin segundo en esta ocasion, que yà estava de prevencion, y entendiendo en cuydadosas disposiciones la Ilustrissima, y Muy Leal Ciudad de Pamplona, aun quando no tenia expressa significacion del Real beneplacito. Yo no he sabido jamàs por què llaman pequeño à este Reyno; pues si un hombre prevenido vale por dos, la prevencion de este Reyno en orden à servir à sus Principes, vale por ciento, pudiendose hacer proprio en materia de prevencion, y garbo para semejantes funciones entre todos los Reynos el *unum pro cunctis*, ò el uno por todos, y sobre todos, de aquel elogio tan vulgarmente traydo, y por lo comun tan arrastrado: *Unum pro cunctis fama loquatur opus.* En esta ocasion el zelo, y solicitud de Pamplona fue tal, que à guisa de Ministros promptos, y apercibidos, estuvieron tiempo ha de

cen-

centinela, y alerta, para prevenir la entrada, y entregar las Llaves al primer toque, en q̃ hicieſſe ſu S.M. llamada à ſus puertas, por muy de repente que llegaſſe el llamamiéto. Previnieronſe caſas para el commodo alojamiento de las perſonas de la Real familia; diòſe prudente providencia de que anduvieſſen en abundancia los baſtimentos de todos generos, para en caſo de venir ſu Mageſtad; y era ſolo el ſi acaſo tan fuerte eſtimulo para la honra, y pundonor Pamplonès, que hago juicio, que en qualquiera ocaſion que llegaſſe la Reyna, no ſeria acaſo ſu llegada para ſu ſolicita, y zeloſa providencia. Yà para eſte tiempo iban llegando à eſta Ciudad varias familias, unas, de dependientes menos principales de ſu Mageſtad: otras, no sè ſi diga, mas dependientes, que cobraban alimentos en la limoſna, y liberalidad de la que reputaban por Madre comun de Bayona, y de toda ſu comarca, y venian à diſponer el camino à la Reyna, y buena paſſada para sì, aſſegurada en el riquiſsimo Erario de la piadoſa liberalidad de ſu Mag. A todos acogiò guſtoſa la Ciudad, haciendoles la gracia de que tiraſſen gages en eſta Plaza, aun los que en el ſervicio Real de ſu Mageſtad no debian reputarſe por Soldados vivos.

Al verſe yà, en la llegada de eſtos, con tan ſeguras prendas del proximo viage de la Reyna, y no teniendo la Ciudad aun de la Corte de Madrid la inſ-

truc-

truccion neceſſaria, para portarſe en acto de tanto lu-cimiento, y por cuyo nibèl arreglaſſe ſu ceremonial, y pauta; acordò diſcretiſsimamente hacer un expreſſo al Real Sitio de San Ildefonſo, en que noticiando al Rey nueſtro Señor (que Dios guarde) la proximidad de la ſalida de la Reyna para la raya de Navarra, pedia à ſu Mageſtad la hicieſſe ſignificar còmo ſe avia de aver en ſemejante recibimiento. Caſualidad parece, y no fuè, en mi juicio, ſino particulariſsima providencia del Cielo, el no aver tenido la Ciudad noticia juridica de la Corte, acerca de la venida de la Reyna nueſtra Señora; pues viendoſe por eſſa razon preciſada à hacer el mencionado expreſſo, tuvo ocaſion nueſtro Catholico Monarcha de acordarſe del lucimiento, con que ſe ſuele deſempeñar en tales actos la Nobiliſsima Ciudad de Pamplona, de que ſon buenos teſtigos, y de ma-yor excepcion las dos Mageſtades Reynantes, que am-bas iluſtràron con ſu preſencia eſte ſuelo, y en las Lla-ves, que les preſentò eſta Ciudad, comenzàron ſu im-perio, y tomaron poſſeſsion de las llaves de los cora-zones de ſus Vaſallos. La reſpueſta de ſu Mageſtad al expreſſo, es ſumamente honorofica à eſta Iluſtriſsima Ciudad, y digniſsima de que la lean los que quiſieren raſtrear la elevacion, en que ſe halla en el Real agrado de ſu Monarcha. El Expreſſo fuè dirigido al Excelentiſ-ſimo Señor Marquès de la Quadra, Secretario del Deſ-

pacho, y de Eſtado de ſu Mageſtad, y la reſpueſta es ſuya en nombre de la Mageſtad, y dice aſsi.

He manifeſtado al Rey la Carta de V. S. de doce de èſte, y en ſu viſta me manda prevenir à V. S. que practique con la Reyna, primera Viuda, nueſtra Señora, en ſu tranſito por eſſa Plaza, las miſmas demonſtraciones que aſſienta V. S. que ſe executàron con ſus Mageſtades, en lo que, no ſolo cumplirà V. S. con la Real intencion, ſino que confirmarà el antiguo zelo, con que ſabe deſempeñar ſemejantes funciones. Nueſtro Señor proſpere à V. S. muchos años. San Ildefonſo 18. de Septiembre de 1738. Sebaſtian de la Quadra. Muy Noble, y muy Leal Ciudad de Pamplona.

Anſioſo, è impaciente eſperaba el zelo de eſta ſolicita Ciudad la reſpueſta de la Corte, para dàr ordenes, y hacer las debidas diſpoſiciones para ſu deſempeño, tantas veces acreditado, y nunca interrumpido: con que al vèr entrar por las puertas al deſeado Nuncio, pareciò averſe tocado al arma à los afectos de todos, aun en los de la infima plebe; que como todos nacen, y ſe crian con el afecto à ſus Principes, todos querian llevar la Vandera, y nadie, que ſe le adelantaſſe otro en el gozo, con que ſe deben recibir tan guſtoſas nuevas. A quien ſe avia de ſervir primero eſte platillo de guſto, era à lo formal de la Ciudad en ſu Noble

Ayun-

Ayuntamiento. Diòse para èsso prompto aviso à los Señores Capitulares, y se juntaron, quienes?

Aunque eche el mismo Apolo el contrapunto,
Temple la lira, y plectro reverente,
Todo el ameno Choro en este assunto,
Todo el honor del Pindo con su fuente:
Al vèr de Estrellas tan feliz conjunto,
Corrido quedarà, mas no corriente:
Porque aun para nombrar los once solo,
Ni aun bastan nueve Musas con su Apolo.
Si se empeñàra aquel Clarin de oro,
Si el Clarin de la fama se empeñàra,
Desairado quedàra, y sin decoro,
O atacado de gloria rebentàra:
Hace poco aire, aunque sea sonòro;
Falta aliento à su voz, aunque sea clara;
Como es tanto el honor, que les agita,
Al doble, que la fama, su honor grita.
No presumo alabarlos dignamente,
No tengo aliento para tanto salto:
Aun està mas allà de lo eminente,
Se me escapa su merito por alto;
A mas musa, y à numen mas corriente
Diera què hacer, causàra sobresalto:
No se avrà visto de uno al otro Polo
Un Regimiento contra un hombre solo.

Perdonadme, Señores, la extravagancia de la Musa, que à veces se me và por essos Cerros, sin esperar la consulta de la razon, y al vèr cosas tan fuera de marca, no suele aver razon, que baste à detenerla. Quienes, preguntaba, se juntaron à oìr la honorifica Carta del Rey nuestro Señor en el Consistorio? Diez Jurados, por hombres de los mas habiles, de los mas expeditos en el manejo de la Republica, y administracion de la equidad, à que junto un Alcalde, y una vara de Justicia, hacen diez Mandamientos, que viene à ser lo mismo, y una Ley; porque entre todos no ay mas que una vara, como ni mas que una Justicia, ni mas que un corazon; muchas Personas distintas, y una sola Justicia verdadera. Casi me escusa de nombrarlos el ser Personas tan conocidas: no ay que dàr à conocer à quien tanto se dexa distinguir. Mas pues es razon que queden sus nombres para memoria de la posteridad, asentados en el templo del honor. En este papel los escrivirà mi estilo, aunque bronco, para que los trasladeis al bronze quando convenga.

Don Fermin de ECHEVERRIA y BURDASPAL; Señor del Palacio de Burdaspal, Alcalde de la Ciudad:

Señor, si bien se repara,
el Gremio, que te eligiò,

con la Vara te juntò
por medirte por la Vara:
ò eres de tela muy cara,
ò aqui la Vara es mayor;
pues tu intrinseco valor
es para doble medida,
y esta te viene nacida,
ni mas grande, ni menor.

Don Manuel de EZPELETA y CRUZAT, Señor de Otazu, Regidor Cabo del Burgo:

De su Nobleza eminente
hice punto de no hablar:
ella por sì està patente;
cosa de nunca acabar
segun es de Preeminente.
En lo Ezpeleta eslabona
Don Manuel, porque le quadre,
este elogio por Corona:
eres yà lo que tu Padre,
(que es quanto cabe) en Pamplona.

Don Joachin VELAZ de MEDRANO y PUELLES, Vizconde de Azpa, y Señor de Autol, Regidor Cabo de la Poblacion:

No passa Reyna, Señor,
que te encuentre à pie, y de valde:
quando en flor Vara de Alcalde,
aora al Cabo del honor:
te declaran acreedor
para honras tan merecidas
sobresalientes partidas,
que à juicio de los discretos,
formàran muchos sugetos,
si estuvieran repartidas.

Don Pedro Joseph GAZTELU y PEREDA, Dueño del Palacio de Gaztelu, Regidor Cabo de la Navarreria:

Su genio urbano, y cortès
es esmalte à su blason;
y el Escudo Pamplonès,
si en los otros es Leon,
en Gaztelu Castillo es.
Dice su cuerda prudencia,
con su alta cuna muy bien,
y aunque tienen competencia;
sobre quien excede à quien,
es toda la diferencia.

Eſtevan de GAYARRE, Secretario del Real Conſejo y ſegundo Regidor del Burgo.

Todo el Valle de Roncal,
que te diò honra, y deſpejo,
nunca ſacarà otra tal;
porque en prudencia, y conſejo
tu ſaliſte univerſal.

Juan Baptiſta SOLANO, Secretario del Conſejo, tercer Regidor del Burgo

Fue muy de acuerdo la hechura,
que hizo el merito en Solano,
pues para tan grande altura,
le daban mucho la mano,
honra, experiencia, y cordura.

Joſeph de PEROSTENA, Procurador de las Audiencias Reales, ſegundo Regidor de la Poblacion.

Por inſtinto ſuperior
te ha eſcogido la Ciudad,
que no adminiſtra equidad
quien no es ſu Procurador.

Juan Fermin de BEUNZA, tercer Regidor de la Poblacion.

Deſde el Padre al Hijo paſſa
con el honor la Regencia;

assi se hace antigua herencia
la justicia en vuestra casa.

Martin de LETE, quarto Regidor del Burgo.

Que es su merito elevado,
y en todo sobresaliente,
ni su honradez lo desmiente,
y la Ciudad lo ha Jurado.

Pedro Joseph de LARRAYOZ, quinto Regidor del Burgo.

Tu juicio à tus años passa,
y se te puede decir,
que entras en lo de regir
como Pedro por su casa.

Vicente de ZARO, segundo Regidor de la Navarreria.

Aunque en èste Regimiẽto
te cupo la ultima suerte:
segun es tu entendimiento,
no sabràn donde ponerte,
si llega otro Nombramiento.

A todos estos Señores Capitulares se leyò la Carta de su Magestad, y encendidos todos con el fuego, que ponia à su bizarrìa su breve, pero significativo remate, acor-

acordaron las mas prudentes disposiciones, para que en todo caso se portasse Pamplona como quien es, que es el nibèl por donde regulaban sus medidas. Salieron de aili, cada uno con sus particulares encomiendas, ò por mejor decir, cada uno con las de todos, segun era la uniformidad, con que se hallaban promptos à quanto se ofrecia. Expidieronse las ordenes convenientes, y mas apretantes à todas partes, para la copia, y abundancia de todo genero de cosas, brindando à los que avian de vender con una total franquicia en sus generos. Comenzaronse à allanar los caminos, quitando las piedras que se pusieron en las calles; y estas se empedràron con la mas escrupulosa diligencia, para la mas còmoda entrada de su Magestad hasta su Palacio. Estaba èste yà, hacia tiempo, prevenido, y dispuesto; y huviera estado aderezado con la mayor sumptuosidad, y grandeza, si no huviera mandado su Magestad no se aderezasse, hasta que llegasse su Aposentador à disponerle, segun su orden, y Real mandamiento. Yà à este tiempo llegò à esta Ciudad un lucido Destacamento de Guardias de Corps, y otro de Alabarderos Reales, en quienes, con bizarra emulacion, competia lo galàn con lo galante, y iban à una, y de comun acuerdo su joyantèz, y lucimiento. Repartièles la Ciudad sus respectivos alojamientos, à proporcion de su classe, para que descansassen, mientras llegaba aviso fixo del

dia,

dia, en que comenzaba el viage ſu Mageſtad; para cuya eſcolta, y ſervicio venian deſtinados de la Corte. Cada dia ſe daba mas calor à las diſpoſiciones, y no ſe veìa por las calles, por las caſas, y por los campos mas, que inquieto bullicio de Oficiales, y Sobreſtantes, que inſtaban con fervor la perfeccion de ſus reſpectivos encargos. Acuerdome, que al vèr tan agitado bullicio, dixe una vez para conmigo en una calle aquellos verſecitos, tan ſabidos del Poeta; porque me los traxo à la memoria lo miſmo que veìa.

Virgil. Æneid. lib. 1.

Qualis apes æſtate nova per florea rura
Exercet ſub ſole labor...
Ignavum fucos pecus à præſepibus arcent;
fervet opus redolentque thymo fragrantia mella:

Que traducidos à nueſtro Caſtellano, en buen Romance tienen eſte ſentido:

No de otra ſuerte, que un mañoſo enxambre,
quando Flora matiza la ribera,
deſpues que muda à influxos mas benignos
el luto del Invierno en gala nueva;
inquieto buela, bullicioſo corre,
y dà fuego al trabajo, haſta que hierva:
aſsi hervia Pamplona à borbollones,
ſegun ſe daban maña à meter leña.

Ni contribuìa poco al ſimil el eſtàr yà para entonces la Ciudad hecha una colmena de coſas, ſegun era la variedad de prevenciones; y el ſer tal la alegria, que ſe regiſtraba en los ſemblantes, y aun en los veſtidos, que à peſar de eſtàr por el Otoño la poſſeſsion, daban ayre de esforzar los derechos de la Primavera, ſegun veſtian de flores el cuerpo de la cauſa. En eſtas prevenciones ſe ocupaba la Ciudad, quando llegò el Viernes 19. de Septiembre, en que à las 10. de la noche llegò la deſeada noticia de que eſtàba yà de marcha la Reyna nueſtra Señora, al Excelentiſsimo Señor Don Antonio de Santander, Governador de la Plaza, y Caſtillo, con encargos de Capitan General, por un Granadero que tenia abanzado mas allà de la raya, para la prontitud del aviſo. Diò parte el Señor Governador de eſta novedad à la Diputacion del Reyno, y con eſta noticia, y la confirmacion de ella, por uno de tres Volantes, que tenia la Diputacion apoſtados haſta Bayona, comenzaron todos à diſponerſe, para ſalir à la raya. Eſta noche tuvo viſos, y aun muchos votos en ſu favor para llamarſe dia, aſsi por la dicha, que le amaneciò tan temprana con tan guſtoſa noticia, como por el bullicioſo eſtrepito, con que interrumpian ſu ſilencio las prevenciones del viaje. A la mañana tomaron pronta ſu marcha los Guardias, y Alabarderos; y de alli à poco partiò el Señor

Gover-

Governador con la partida de Granaderos del Regimiento de Portugal, que fueron convocados para ponerse en orden en la Plaza del Castillo.

No mucho despues saliò la Diputacion, que componian, mejor dirè, llenaban los Señores Don Joachin Francisco de Arizcun, y Beaumont, Varon de Beorlegui, y Vizconde de Arberoa. Don Joachin Velaz de Medrano, Vizconde de Azpa, y Señor de Autòl. Don Manuel de Ezpeleta y Cruzat, Señor de Otazu, con Don Pablo del Trèl, Secretario de los tres Estados Eclesiastico, Militar, y Politico; sugetos todos tan de apuesta, y tan apuestos para representar el Reyno en semejantes actos por su calificada Nobleza, por su conocida expedicion, y disposicion ayrosa, que sin quitar à nadie lo q̃ se le debe, le pudo venir al Reyno vanidad de tal conjuncion de luces, y dàr embidia, y apostarselas al mas pintado. Salieron en Coche, en prendas de q̃ rodaban por essos Montes, por llegar quanto antes à los pies de su Magestad, celebrando la ocasion, como rodada, para hacer alarde de su zèlo, y fidelidad. Seguian al Coche quatro Gentil-Hombres, y quatro Lacayos con cavallos de mano; porque lo demàs del trèn se avia despachado adelante. Llegò la Diputacion à medio dia à Zubiri, y à la noche à Burguete; y aviendo allì recibido la noticia, que traxo uno de sus Bolantes, de que entraba su Magestad en San

Juan de Pie de Puerto el dia 20. y ſe detenia alli à tomar un breve deſcanſo el ſiguiente dia, ſe detuvo tambien la Diputacion el 21. Lunes 22. por la mañana bolviò à tomar ſu derrota. Pero

A donde vàs, volante Compañia,
Gloria de Flora, embidia de los hados,
Mapa de bizarrìa,
Portatil Reyno, en ombros alentados?
No miras, que brumados
Cruxen los exes? Y que peſo tanto
Del Sol à la carrera diera eſpanto?
Adonde ſon tus huellas?
Al miſmo Pyrinèo me adelanto;
Que aunque èl preſuma coronar de Eſtrellas
Su erguida cumbre, ſu elevada frente,
Ha de beſar mis plantas reverente,
Quando me vea con mayor fortuna
Beſar la mano, y adorar la Luna.
Sube glorioſo, remontando el buelo;
Y ſi la carga yà le peſa à Athlante,
Puede ſeguro el Cielo
Deſcanſar en tus ombros de Gigante.
A tu brio triunfante
Las Llaves, coſa eſtraña!
Del cielo de ſu gloria fiò Eſpaña.

A

A abrir vàs el camino,
A hacer llano el horror de la Montaña.
Sube à cumplir feliz con tu deſtino;
Sube, gloria del Monte, à darle raya;
La raya tocaràs, y allì haràs raya:
Que eſſa es raya, q̄ biciſte à tus victorias,
Y en que eſtà el non plus ultra *de las glorias.*
Cancion, yà te remontas haſta el Cielo;
Mas aunque vàs ligera,
Al medio quedaràs de la carrera:
Son cortas alas para tanto buelo,
Y en ſus glorias Navarra,
Mas allà de la raya echò la Barra.

Llegaron, finalmente, los Señores Diputados à la raya, donde ſe avia armado una hermoſa Tienda de Campaña para ſu Mageſtad, en la qual deſcanſaſſe, y recibieſſe los debidos obſequios. En eſta Tienda tuvo el honor de ſer recibido à beſar la Real mano, y ofrecer à ſu Mageſtad el baſtòn, que le puſieron en la ſuya ſus ſobreſalientes meritos, y glorias Militares, el Excelentiſsimo Señor Governador, quien fue dichoſo en tener tanto que ofrecer en una ocaſion, en que todo parecia, y ſe reputaba poco en orden à ſervir à quien tanto ſe eſtimaba. Bolviòle ſu Mageſtad el baſtòn, y à ſu empuñadura le diò nueva gracia, y eſmalte la mano Real, aſſegurando mas el puño, en prendas de ſu Real

agrado. Si como toca à Apolo, fuera Marte el que avia de hacer los elogios de hombres de esta elevacion, creo que todas las Caxas, Trompas, y Clarines Militares harian poco ruido, para contrapesar el eco, que hacen solo en el Clarin de la fama los meritos del Theniente Generàl Don Antonio de Santander. Què buena traza, para que yo me atreva à chistar, teniendo tan poco aguante mi numen, y mi pecho.

Despues que saliò el Señor Governador, fue conducida à besar la Real mano la Diputacion del Reyno; y aviendo hecho en un hermoso tapete, que se puso delante de la silla de su Magestad las acostumbradas adoraciones, explicò por todos el Señor Varon de Beorlegui, con la mas breve, y significativa retorica, el alborozo, y complacencias, en que se hallaba el Reyno, al verse con la fortuna de ponerse à sus plantas. Recibiò su Magestad el obsequio con todas las muestras de singularisimo agrado, nacido, tanto de la generosidad de aquel corazon verdaderamente Real, como del amor, que siempre profesò à una Nacion, por tantos titulos suya. Despidiòse lleno de favores el Reyno, pero dexando para perpetua memoria escritos sus nombres à instancia de su Magestad, que los pidiò, para imprimirlos en su Real memoria.

Continuò de aqui su Magestad la marcha camino de Ronces-Valles. Mientras llega, me llama la aten-

atencion, y la pluma al pie del Pyrineo el merito del Señor Marquès de Peñafuente, Mayordomo mayor de la Reyna Nueſtra Señora; quien, como ſi no tubiera acreditada haſta los mas ſubidos quilates ſu fidelidad, y heroico zelo en el ſervicio de ſu Maſteſtad, quiſo, que todos fueſſemos teſtigos de viſta de la lealtad, que podian ateſtiguar de oìdas, tiempo ha, aun los mas ſordos. Deſmontòſe pues deſde la miſma falda del Pyrineo, y dejando ſu ſilla, continuò à pie toda la intratable ſubida del monte al brazo de la ſilla de ſu Mageſtad, para mayor ſeguridad de ſu Real Perſona, y como ſi eſto fuera poco, no quiſo ceder al pueſto, ni apartarſe un punto, à peſar de la fatiga, y canſacio haſta dexar à ſu Mageſtad ſin rieſgo en la ſeguridad de ſu Palacio. Si no eſtuvieran canſados los pies de la muſa de tanto ſubir montes, y tan cueſta arriba, yà me daban pie los del Señor Marquès, para poner à ſus plantas algo de bueno. Vaya aunque ſea arraſtrando eſte pequeño obſequio.

A pie tu merito monta
Eſtimacion por las nubes;
Te abate el zelo, y tu ſubes;
Tu baxas, y èl te remonta.
Una ſalida muy prompta
Para tu diſcrecion hallo,
Que echa en tu favor el fallo

Viò tu mente peregrina,
Que ſi una Reyna camina
No ay hombre cuerdo acavallo.

Yà avia llegado à eſte tiempo ſu Mageſtad à Roncesvalles, donde fuè recibida con repique alegre de Campanas, y con quantas demonſtraciones de gozo, y fieſta pudo inventar, y diſcurrir aquella Santa, y digniſsima Igleſia, que junta toda en Iluſtre Cabildo, con Racioneros, y Capellanes eſperàba à ſu Mageſtad en el Pòrtico, por ſi queria entrar en la Santa Igleſia, antes de llegar à ſu Palacio. Dicho ſe eſtàba en la innata pièdad de la Reyna, que avia de entrar; y tubo ſu Mageſtad buen guſto, pues eſtàba tan ricamente alhajada, y tan ſimetricamente diſpueſta, tan à la vela, ò tan à la luz, que hacia evidencia, y clara demonſtracion del garvo de ſus Canonigos. Sirvieron èſtos con un rico Palio à ſu Mageſtad haſta la Capilla mayor, donde ſe detuvo haſta oìr el *Te Deum*, que entonò la Muſica en accion de gracias de la felicidad del viage. Aviendo deſpues ſido conducida à ſu Palacio, deſcansò ſu Mageſtad allì haſta que deſpues de recibir à beſar la mano à los Diputados de la Santa Igleſia el dia ſiguiente, dandoles encarecidas gracias por ſu vigilantiſsima providencia, conque lograron hacer aquel deſierto poblado de las mas abundantes prevenciones, diò orden de diſponer la marcha à Zubiri la mañana del 23. à buena hora.

Saliò

Saliò, pues, ſu Mageſtad de Roncef Valles dicho dia veinte y tres, y à pocas horas llegò al termino de la jornada; tal era la promptitud, y preſteza, con que agitados de ſu gozo venian, los que en alas de ſus deſeos, mas à fuerza de ſus brazos, conducian la Real Silla; y tal avia ſido tambien la diligencia cuydadoſa en allanar, y componer los caminos, que hacia que no pareciesſe Montaña, la que por ſerlo, y tan erguida, ha ſido ſeñalada raya de dos tan belicoſas Naciones, como Eſpaña, y Francia, hecha parenteſis de las dos, y montando, ò montanteando entre una, y otra. En Zubiri ſe hoſpedò ſu Mageſtad en la Caſa del Señor Varon de Beorlegui: Mal dixe, ſe hoſpedò la Reyna en ſu Palacio proprio; pues tienen tantas veces tomada las Mageſtades poſſeſsion de aquella Caſa, en las repetidas ocaſiones, en que la han honrado con ſu eſtancia; que ſi quiſiera titularſe Palacio Real, no le faltarian titulos con que hacerlo, ſiendo tãtas las Perſonas Reales, à quienes ha ſervido aun en nueſtros tiempos. Eſtava eſta Caſa diſpueſta, y aderezada con la mayor grandeza, y aſſeo, que cabe; en fin, como de cargo del Señor Varon, que ſi es magnifico aun en ocaſiones menores, aora echò el reſto en credito de ſu amante fidelidad, y ſingular, y aun puedo decir, Real Nobleza. Detuvoſe ſu Mageſtad en Zubiri el dia ſiguiente, que fue 24. y anduvo tan abundante todo,

quan-

quanto era neceſſario para la Real Familia, que la Poblacion, aunque corta, tuvo ſus humos de Corte, al verſe tan aſsiſtida, y frequentada de Perſonas de tanta diſtincion. Aqui fueron, ſin duda, ſingulares, è imponderables las mueſtras de amor, y cariño, con que honrò ſu Mageſtad al Señor Varon, à la Señora Varoneſa Doña Maria Manuela de Expeleta y Cruzat, y à ſus hijos, admitiendoles à todos, haſta el mas inocente, à beſar ſu Real mano, la que tuvo abierta, y ſin cerrar, haſta averles dado de ſu mano ſeguras, y magnificas prendas de ſu Real gratitud. Yo tambien quiero hacer à los Niños algun preſente, porque me han ponderado ſu incomparable hermoſura, darſela en letra, para que la compren quando la entiendan.

En

EN el mes de Septiembre
Lleva à la Reyna
Un manojo de flores
La Varonesa.
Cosa mas mona!
Buenas flores se tiene
La tal Señora.
Pimpollos racionales
Era el presente,
Jazmines nacarados,
Rojos Claveles.
Al vèr su rasgo,
Se ha vestido el Otoño,
Gala de Mayo.
Diz, que dixo la Reyna,
Al vèr su hechizo:
Estas flores se llaman
Todas Narcisos?
Dixo una Dama:
Llaman las de esta especie,
Flor de Navarra.
No huviera en sus matizes
Mas gala, y pompa,
Aunque sus colorìdos
Les diera Flora.
Harà su gracia
Embelesar à Venus,
Reìr al Alva.

Por dàr zelos à Adonis,
Los puso Apolo
En su cara de plata
Cabellos de oro.
Todas las gracias
No sacaràn hechura
Mas acabada.
Yà en Pamplona se sabe
Lo que es Cupido,
Un tanto, quanto menos,
Que estos chiquitos.
Aunque sea hermoso,
Le pueden los colores
Sacar al rostro.
Ni pintados salieran
Cosa mas chula,
Parecen Angelitos
De miñatura.
El Sol de apuesta,
Sacò en ellos la copia
De su belleza.
Siendo estremados, guardan
El punto medio,
Porque son sus facciones
Ni mas, ni menos.
Tienen Estrella,
Todos salen medidos
A una Turquesa.

En Zubiri tuvo tambien la honra de presentarse à su Real Magestad, y besar su mano nuestro dignìssimo Prelado el Ilustrìssimo Obispo de Pamplona Don Francisco AñOA, y BUSTO, à quien recibiò la Reyna nuestra Señora con la mayor ternura, y piedad; dan-

dola eſte Prelado los placemes de ſu feliz llegada, con tan diſcretas, conciſas, pero expreſsivas razones, que deſde luego ſe diò la Mageſtad por bien ſervida de ſu natural corteſanìa, y gracia; de que es buena prueba, y bien patente el guſto, y Real voluntad, que moſtrò la Reyna, de que aſsiſtieſſe frequentemente à ſu Real Palacio; celebrando la dicha de aver encontrado con un Prelado de tanta gracia, y diſcrecion.

SONETO
al Iluſtriſsimo Señor Obiſpo de PAMPLONA.

Años Iluſtre, cuya Noble Gente
Iluſtriſsima hizo el elevado
Blaſon Navarro, aun antes que el Cayado
Ciñera con las infulas tu frente.
Añoa Sabio, en cuya docta mente
un teſoro de ciencia ay archivado,
Y por caracter de hombre conſumado
La Mitra ſobra à tu ingenio luciente.
Gran complejo de prendas à porfia
Pretenden el honor de tu Perſona,
Queriendo cada qual la Primacìa:
No sè por quien declare la Corona:
En cada qual encuentro mayorìa:
Digalo Cuenca, digalo Pamplona.

Aqui

Aqui tambien la tuvo la dicha de beſar la mano à la Reyna el Excelentiſsimo Señor Duque de Granada de Ega, Conde de Xavier, y Marquès de Cortes, Gran Mariſcal perpetuo de Navarra, ſugeto tan conocido por todos ſus titulos, que antes ſe embarazan unos à otros; y todos conſpiran à ponerle en la mayor altura, tanto por lo perſonal de ſus ſingulares prendas, como por los Nobiliſsimos blaſones Militares, y Politicos, con que le han dotado ſus eſclarecidos Aſcendientes, que eſto era lo que queria ſignificar eſte Soneto.

SONETO AL EXCELENTISSIMO SEñOR Duque de Granada de Ega.

Señor, al vèr tu altura, acobardada,
Perdiò la pluma toda ſu preſteza,
Conſternòſe, al mirar en ti grandeza;
Dirè la grande? No, ſino Granada.
Por darte una grandeza agigantada,
Fundiò Marte ſu honor en una pieza;
Y à fuer de Eſcudos, y Armas tu Nobleza,
Eſtà en la elevacion de conſumada.
Aun dixe poco: en noble ſimpatìa,
Eſcudos de Xavier, y de Loyola,
En tu honor forman nueva Compañia.
Viò tu grandeza Palas, y admiròla;
Y dixo, al vèr los Heroes que ceñia:
Eſtas ſon muchas, que no es una ſola.

Deſpues de tan preciſos, è inevitables cumplí-dos, yà no faltaba, ſino que echaſſe ſu Mageſtad el dia, que avia de ſer tan guſtoſo, y memorable para Pamplona; como dia, en que ſe les entraba por ſus puertas la dicha, à poner ſu imperio dentro de ſus Murallas, y en mitad de ſus miſmos corazones. Determinò pues de marchar, como ſe hizo el dia 25. y es coſa rara, que lo determinò dia de nueſtra Señora de las Mercedes, para ſignificar à lo que venia la Reyna nueſtra Señora. Luego que llegò la nueva de la venida fixa de ſu Mageſtad aquella tarde, convocò la Ciudad por Vando publico, y ſolemne à todos ſus vecinos de todas claſſes, para que juntos deſde la Sala de Ayuntamiento, la fueſſen acompañando, en ceremonia de tanta repreſentacion, à la puerta, por donde ſe prevenia la entrada, y era el Portal de la Taconera, que es donde correſponde el camino, que ſe llama de la Reyna, ſegun las muchas, que por èl han hecho ſu entrada. Menos corteſanìa de la Ciudad huviera baſtado, para ſacar à la puerta toda la Ciudad en peſo; porque eſtavan tan alterados los humores, y los afectos de gozo, y alegria, (que es el humor predominante de la tierra) que huvieran perdonado la formalidad, ſegun vivia de prevencion ſu fee à bueltas de ſu curioſidad aun antes del aviſo. Echòſe Vando tambien para la diſpoſicion de hogueras, y luminarias para la noche, por to-

das

das las calles, y plazas de la Ciudad, y para componer, y colgar las calles, que avia de seguir la marcha de la Reyna. Gran tarde se les iba disponiendo à los muchachos en el repique de campanas, que se echò universal en las Parroquias, y Comunidades.

Llegò finalmente la tarde, mas tarde, al parecer de muchos, que las demàs, porque venia à passos mas lentos, que lo que quisieran los hombres de razon, para explicar su gozo, y los muchachos, para dàr campanada, y salir de la suspension, en que estavan colgados, muchas horas antes, de las cuerdas de las campanas. Antes de Hugarte llegaba la Real Comitiva.

Virg. Ænei. lib. 1.

Iam descendebant collem, qui plurimus Urbi
Imminet; adversas adspectat desuper arces,
Miratur Regina locum, magalia quondam,
Miratur portas, strepitumque, & strata viarum.

Para este tiempo estavan yà en el Convento de los Reverendissimos Padres Capuchinos muy de acuerdo los Tribunales, Consejo, Corte, y Camara de Comptos, con su Fiscal, Patrimonial, y Thesorero, y se veìa vestida la Justicia de tanta gracia, que fuera crimen no sentenciar en vista, y revista à favor de su garbo, y gravedad, sin recurso, ni apelacion de la sentencia, en fuerza de la executoria que ganò su galanteria, à

cien-

ciencia, y paciencia de su justificacion. Mientras llega la Reyna, quiero presentar un Memorial en sus Estrados, yà que parece que estàn inclinados à hacerme gracia.

Sabio Conclave, cuerpo todo alma,
Junta de luces, conjunciõ de Estrellas,
En cuyo centro, por vivir ufana,
Puso gustosa su sitial Astrèa.
Compuesto racional, con cuya vida
Vive Pamplona, y todo el Reyno alienta;
Sabios Togados, en cuyo cotejo
Suprimir puede el Areopago Athenas:
De vuestras luces se admirarà Palas,
Al veros componer con ley estrecha
Entre el ruido de trompas Militares
En ocio quieto, Alcazar à las Letras:
Columnas sois de las que pule el Arte,
Para fundar sus casas à las Ciencias:
Un Reyno el mas feliz, sin estas vasas,
Abrumado del peso, pereciera.
A la Palas, que os viene mas gloriosa,
Sirva de Pedestal vuestra alta esfera;
Serà coronacion de vuestra altura,
En prueba clara de que Palas reyna.

Yà las agitadas olas de gentes, que iban, y venian,

el

el descargo de la Artilleria de la Plaza, y el armonioso desorden de las Campanas tocàron à rebato en los corazones de todos, è hicieron llamada à la cuerda atencion de los Tribunales, que puestos en orden esperàban à la puerta del Convento à la que venia à ser Presidente de sus Consejos, y animada ley de la Justicia de sus Leyes. Luego que su Magestad llegò al destinado parage, hizo detener la silla, para recibir gustosa, y benigna el acatamiento rendido de estos Señores. Hablò por todos, y se pudiera decir, que con la eloquencia, y gracia de todos resumida en su lengua el Señor Don Carlos de Araque y Villamayor, Regente del Consejo, en Cargos de Virrey de èste Reyno en lo Politico. El qual hizo un razonamiento corto, pero tan bien cortado à la medida, y circunstancias del tiempo, que desempeñò el gran concepto, que todos tienen formado de su ciencia, y diserecion, acreditadas tanto ha, y conocidas, sobre las Cathedras de Salamanca, y debaxo de los Doseles de Granada.

Desde aqui passò su Magestad al Puente de Santa Engracia, y tomando despues por los Reverendissimos Padres Trinitarios al camino de la derecha, que guia à la Taconera, y estàba prolijamente dispuesto, y allanado, para la mayor comodidad; se dexò yà vèr su Magestad en la eminencia, vistiendo de alegria el Prado, y de regocijos à la Ciudad, que yà estaba fue-

ra

ra de sì, no aviendo podido contenerse dentro de las puertas. Para este tiempo yà no nos entendiamos unos à otros, porque avian tomado la fiesta por suya las Campanas, y se andaban en repiquetes unas con otras, no queriendo ninguna passar por el oprobrio de que la llamassen deslenguada; todas hablaban claro, y decian en plata la causa de su gozo, bien que à todas sus badajadas no era posible ponerlas en razon, y concierto, por mas que fuessen à una en el deseo de publicar su alegria. Dicen, que quedò de esta vez muy quejosa, y amostazada contra las Campanas la Artilleria del Castillo, porque no callaron, mientras echàba su arenga, y hacia su salva; y à la verdad ella rebentàba por lucirlo, segun el fuego, que metia, y la polvora, con que se explicàba, y era razon averla oìdo, si las Campanas no huvieran metido (como se dice) el pleito à voces.

Era indecible el agrado con que se dexabà vèr desde su silla descubierta su Magestad; recibiendo con agradable semblante los repetidos Vivas, y Vitores, que sacàba à todos el jubilo del corazon à los labios. Cayòle à su Magestad en gracia entre esta voceria, la inocente intrepidèz de una tropa de muchachos; que en lugar de dàr Vitores, pedian Toros à su Magestad, como pudieran pedir asuero à sus Maestros. Traveſura es esta, que en Pamplona se he-

reda de Padres à hijos, y como moneda corriente ha de hacer el gasto en toda festividad, si no quiere quedar corrida. Desde niños pierden el respeto al toro mas maestro, y al mismo Jupiter plantarán una vanderilla, si le huvieran encontrado en la Rochapea, quando el robo de Europa; què se ha de hacer? la dicha se llama suerte, y no la tendrian por mala, si la Reyna condescendia à las bocas, conque intrepidamente la decian à su Magestad: *Señora Reyna, diga Vmd. que aya Toros.*

Al mismo Portal de la Taconera, à donde llegaba su Magestad estàban yà puestos en orden los Señores Capitulares, que avian llegado allì desde su Consistorio, acompañados de los Cavalleros, y Ciudadanos de mayor distincion, y precedidos de Danzas muy curiosas, y de un numero sin numero de flautas, y tamboriles, que se avian juntado de toda la Provincia, y hacian una Provincia entera de armonia, y diversion; precedian tambien los Timbales, y Clarines vestidos de libreas nuevas, de los Ministros inferiores de la Ciudad, con trage azul, y bueltas encarnadas, para que sobresalieste mas la novedad del vestido, acabado, como dicen, de sacar de la Imprenta. Seguianse los Alguaciles, y Tenientes de Justicia con vestido de golilla, despues los tres Maceros de la Ciudad con sus Mazas, y Cadenas de plata, en trage de golilla, y con

garamallas de grana, guarnecidas de azul celeſte. Los Señores Alcalde, y Regidores eſtàban tan de punta en negro, y tan airoſos con las golillas, joyas, cadenas, y cordoncillos de oro tiquiſsimos, y de ſumo valor, con que ſe adornàban, que haciendo juſticia, dexàban preſo, y en cadenas aun al que mas inocentemente ponia en ellos los ojos, que eramos todos, porque nos los llevaban tras sì ſin libertad ſu garbo, gentileza, y bizarria. Hombre huvo, que al ſentirſe tirar, y bien hallado con ſu pereza, no pudo contenerſe, y exclamò aſsi:

Señores en mi dictamen
paſſais plaza de ladrones;
nos robais los corazones,
y quereis, que no os lo llamen?
Hareis, que juſticia clamen
de robos tan conocidos
los hombres mas advertidos.
No direis por què, ò por quando
preſos han de ir, y arraſtrando
almas, razon, y ſentidos?

Yà llegàba ſu Mageſtad à la Puerta; en cuya entrada la preſentò el Señor Marquès de Peñafuente ſu Mayordomo mayor en nombre de toda la Ciudad al Señor Don Manuel de Ezpeleta y Cruzat, Señor de Otazu, Regidor Cabo Preeminente del Burgo de San Cernin à ſus plantas, para que à ellas ofrecieſſe las Llaves

ves de la Ciudad, y explicaſſe à ſu Mageſtad el imponderable gozo, conque la tributàba eſte obſequio, ofreciendole à ſu Mag.en las Llaves toda la lealtad de ſus pechos, è hidalguia de ſus afectos, y corazon. No pude entenderle el Razonamiento, por mas que ſacàba un palmo de orejas, por la gana que tenia de aprehender de ſu diſcrecion; pero era indecible el murmullo, y bullicio de la gente, que à voces ſe daban los parabienes de tanta felicidad, ſin tener reſpeto, ni atencion à acto tan ſerio.

Acabada eſta obligacion, y rendimiento, tomò la Ciudad el Palio conque avia de ſervir à ſu Mageſtad; y fuè llenando las calles de gala, y brillantèz tan oſtentoſa Comitiva. Comenzò à paſſar deſde San Lorenzo por la Calle mayor, que eſtàba guarnecida toda por los dos lados con una guarnicion viſtoſa, que formàban los Regimientos de Portugal, y Vitoria, haſta el frontiſpicio de la Cathedral. Eſtaban todos en la poſtura de rendir las Armas, y ſus reſpectivos Xefes airoſamente uniformes ocupàban ſus pueſtos, con Pica en mano, y la pudieran poner en Flandes, ſegun la bizarria, y garbo, conque cumplieron eſta vez, haciendo al aire de las Eſpontonadas la eſpontanea de ſu libertad en obſequio de la que reconocian por ſu Reyna, y Señora. La calle eſtaba tal, que dada à uno gana de quedarſe en la calle, porque no avia mas què

vèr; y el que aſsi lo deſeaſſe, no ſe quedaria en la calle, pues era tal la riqueza, aſſeo, y gala, que ſe echò eſte dia, que no ſe podia entrar en las caſas, aviendoſe todas ſalido por la ventana à vèr, y ſer viſtas. Quien no eſtuvieſſe con toda reflexion (y lo eſtàban pocos) juzgaria, que eſtàbamos en principios de Primavera à ultimos de Septiembre, atendiendo à los alegretrages, conque formàban tambiẽ ſu tontillo los Balcones. Puertas, Balcones, Ventanas, y Azoteas eſtàban llenas tanto de gente, como de riqueza, y gala; y no avia en donde poner un alfiler, deſpues que ſe avian pueſto de veinte y cinco las Madamas, que las ocupàban.

Comenzàba el acompañamiento, haciendo la Guardia abanzada todo un Regimiento de Juglares, ò Tamboriles, que llevaban entriſtradas las Flautas, en guiſa de acometer, y hacerſe ſentir de mas ſordo. Iban haciendo el ſon à los Danzantes, à quienes luego califiquè de hombres univerſales en el arte, al vèr, que tocando cada Tamboril à ſu modo, y capricho, ſalian las mudanzas, y cabriolas al ſon de cada uno, y al ſabor de todos; al fin vailaban de à ſin regla, como eſcrivientes dieſtros, y ſirviendoles de regla ſu fantaſia, porque las del arte de puro aprehendidas las tenian olvidadas. Seguianſe deſpues los Clarines, y Tambores de la Ciudad con todos ſus Miniſtros inferiores, deſpues iban los Miniſtros, y Tenientes de Juſticia; y no

ha-

hacian poco en ir, porque iban à coſta de gran traba-jo deſpejando el camino de un gentìo inmenſo. Como eſtaban las calles tan de mar à mar, avia tambien ſus oladas, que formàba la multitud de gente, que avia concurrido; y era preciſo vogar contra la corriente pa-ra poder detenerla.

Deſpejòſe con todo eſſo el camino al vèr ve-nir el Cuerpo lucidiſsimo de Guardias, que venia im-mediato à ſu Mageſtad: y hicieron bien todos en deſpejarles la calle, porque verdaderamente la ve-nian llenando tanto con la airoſa gravedad de ſu her-moſo uniforme, como con el uniforme manejo de aquellos brutos, que aunque moſtràban ſer todos fue-go, ardor, y galante vivacidad, era todo por bien pa-recer; pues en lo demàs era tan igual, y ſoſſegada ſu marcha, como ſi la llevàran de eſtudio, y muy de pen-ſado. Verdaderamente venian, poniendo en ſuſpenſion los animos, y haciendo amable el miſmo horror de Marte, y de Belona. Seguiã al primer Cuerpo de Guar-dias los Cavallerizos de la Reyna, de uniforme azul, y galoneado de plata: eſtos venian ſombrero en ma-no, repreſentando ſu empleo con brioſa competen-cia. Deſpues venia la ſilla de ſu Mageſtad; mejor di-rè, veuia la Mageſtad en ſu ſilla, rodeada de Alabar-deros. Eſta ſe dice, que era muy rica; mas ſi ſe averi-gua la verdad, quanto và, que eſſo ſolo ſe dice por

diſ-

diſcurſo; y que ninguno la viò, ſegun arrebataba los ojos al mas apagado, la amable dignacion de la Reyna nueſtra Señora. Hombre sè yo, que le cogiò de nuevo, quando ſe le dixo, que iban ſirviendo las once varas del Palio junto à la Reyna, el Señor Alcalde, y los diez Jurados, y eſto, con la circunſtancia de que las piedras de las joyas, con que ſe adornaban, hacian reſaltar la luz, y deſpertar cō el golpe al mas dormido. Lo cierto es, que la Mageſtad, por eſta vez hizo aſiento en ſu miſma ſilla al amor, ſin perder nada de ſus fueros la Mageſtad. Alzòſe aora la afabilidad de ſu ſemblante, por nuevo titulo, con todas aquellas almas, que le hizo antes tributarias el vaſallage. Es verdad, que, que no faltaba entre tantos, quien queriendo meter en ſu alma à la Reyna, y alzarſe con ſu Mageſtad, exclamaba, al verla: *Ay, Reyna de mi alma, Reyna de mi corazon!* Aſsi correſpondian algunos à los Victores, con que explicaban ſu amor à ſu Mageſtad los Cavalleros de la primera diſtincion, que juntos al rededor de la ſilla, procuraban diſtinguir con ſus expreſsiones ſu Nobleza. Al lado de la ſilla venian dos Eſſentos de elevadiſsimo merito, como lo dirà qualquiera, en oyendo ſus nombres. Eran los Señores Don Leon de Eſpino, y el Señor Conde de Alverme. Alli venia tambien el Señor Marquès de Peña Fuerte, que no dexaba un punto el lado, en que

la

le ponia el empeño, y ſatisfaccion de ſu cargo. Cerraba deſpues otra Tropa de Guardias cortadas al miſmo ayre, bizarrìa, y garbo, con que ſe veſtian las que nos llevaron la atencion en la Avanguardia. Acavàba finalmente la Comitiva con las Carrozas de reſpeto: deſpues de las quales iban los Coches de las Damas, y deſpues de eſtos los demàs, que componen la Real Familia.

Aſsi paſsò la Real Comitiva por toda la Calle mayor, por la Plaza de la fruta, la Calle de los Mercaderes, la Fuente de Santa Cecilia, haſta la Calle de la Curia. Yo cierto, no sè, ſi diga que paſsò; porque nos dexò el guſto tan impreſſas las eſpecies, que no avrà ninguno, que no le parezca que la eſtà viendo paſſar, deſpues de tantos dias. A eſte tiempo ſe deſhacian à golpes las campanas de la Cathedràl, clamoreando la dicha de ſer la primera, que lograba vèr en ſu Caſa, la que todos moſtraban tener dentro de ſus corazones. A tanto favor, avia yà ſalido la Cathedràl de sì, adelantandoſe al patio; deſde donde, aviendo ſaludado à ſu Mageſtad por toda aquella iluſtriſsima, y exemplariſsima Comunidad, ſu Iluſtriſsimo Prelado, veſtido de Pontifical entrò ſu Mageſtad haſta la Capilla mayor debaxo del Palio, que iban ſirviendo los Señores Canonigos. Entonòſe el *Te Deum*, y la *Salve*. La Muſica ſerìa la mas primoroſa; que no ſe

por;

porta con menos la magnificencia de una Comunidad, tan diſcreta, como grave, y tan grave, como bizarra; mas como avia robado à todos la atencion el embeleſo de la viſta, no quedaban los oìdos para advertir primores, aunque le dieſſe voces la mayor armonìa. Recibiò ſu Mageſtad la bendicion, que la echò el Iluſtriſsimo Prelado con el Santiſsimo Sacramento. Adorò con ſingular piedad, y veneracion el hermoſo Simulacro de nueſtra Señora del Sagrario; y bolviendo con el miſmo acompañamiento al Atrio, ſe deſpidiò de la Cathedràl tiernamente, y ſe enderezò à ſu Real Palacio, ſervida del Palio de la Ciudad, que avia quedado à la Puerta, eſperando ſu Real perſona. Confieſſo, que al vèr la gravedad, circunſpeccion, y meſura del Iluſtriſsimo Cabildo, ſe me enfriò la vena; y mas viendo que compone tan hermoſamente lo de Comunidad, con tan admirable ſingularidad en todas ſus coſas, que no encontraba coſa, que ſe le pareciſſe de mil leguas. Con todo, encomendème à Apolo, que es el Angel de Guarda de los Poetas; y aunque no me inſpirò como yo queria, yo quiero revelar el ſigilo, lo que me inſpirò tal qual.

No de Caſtalia turba, aunque canora,
Imploro pompa, ſolicito raſgos;
No conſiente el calor, quẽ agìta el pecho,
Sylabas muertas de un numen profano.
Mas ſagrado furor hincha la vena,
Todo un cielo de luces reſaltado;
Un Parayſo, donde no ay caìda,
Un deſierto de Nitria en un Poblado.
Una torre de eſcudos de virtudes,
Que obeliſco ſe encumbra à lo mas alto,
Paſſando eſferas, traſpaſſando nubes,
Por verſe cara à cara con los Aſtros.
Una tropa perpetua en hacer guardia
Al Rey de Reyes en mejor Palacio,
Que pretende abrir brecha en el Olimpo,
Y tomar el Empyreo por aſſalto.
Un cuerpo eſpiritual, que en ſus Armiños
Ha ſacado del Cielo firma en blanco;
Y en cada pecho, en honra de Maria,
Sacramentado encierran un Sagrario.
Un eſpejo de exemplos, que en el Cielo
Corren impreſſos, andan eſtampados,
Mas conciſo. Un Cabildo de Pamplona,
Que mas que Regular, es Regulado.

Yà ſe me eſtavan comiẽdo los ojos de pura curioſidad, por vèr lo q̃ paſſaba à la plazuela de Palacio. Era en lo

que cabìa una Babylonia, ſegun la confuſion de coſas que alli ſe veìan. Como avia preſo, y arraſtrado tanto gentìo el lucimiento ayroſo del acompañamiento, y nadie acertaba à deſprenderſe, ſe iban rebalſando las oladas de gente en la plazuela, tanto, que en eſte dia ſe paſſeàron muchos por los eſpacios imaginarios, por no encontrar ſuelo en que aſſentar el paſſo, y poner el pie. Por mucha maña que me dì, no pude llegar à tiempo; y aſsi, avia yà entrado en ſu Real Palacìo la Reyna, conducida, como en triumpho, en ſu miſma ſilla haſta la Real Camara, que eſtava deſtinada, y diſpueſta para ſu Real Perſona. Solo lleguè à tiempo de vèr el garbo, con que dexaron los Señores Capitulares caèr de las manos el viſtoſo Palio, con que avian ſervido à ſu Mageſtad en manos de la familia; dandole ſentencia de que no bolvieſſe à ſervir mas, en pena de aver tenido oſadìa de ſubir tan alto, ſocolot de hacer ſombra à la Reyna: ſi no es que quiſieſſen darle honrada jubilacion, porque no tuvieſſe empleo otra vez, el que avia eſtado tan bien empleado en eſta ocaſion. A eſtas horas aun eſtava jugando la Artillerìa del Caſtillo; y bien ſe conocia que eſtava de fieſta, pues no ſe avia canſado de jugar en toda la tarde.

Deſpidiòſe la Ciudad, para bolver à ſu Ayuntamiento con toda la formalidad, con que avia ido al principio de la funcion. Salieron tambien los Guar-

dias

dias à ſus alojamientos, menos los que avian de comenzar la Guardia en Palacio aquella noche. Mas ni por eſſas ſe daba por entendida la gente de la plazuela. Tan cautivada la avia dexado la amabilidad de la Reyna, que todos echaban mucho de menos en sì, deſde que la perdieron de viſta, y querian ſe les reſtituyeſſen las almas, que avia llevado la Reyna en pos de sì haſta ſu Real Gabinete.

Yà comenzaba à amenazar con una tempeſtad de tinieblas la noche; pero fue tan poderoſo conjuro el Vando de la Ciudad para las luminarias, y hogueras, que huvo de retiraſe, malpareciendo la noche, porque no la dieſſe con la luz en los ojos el lucimiento de Pamplona. Continuò el dia, porque hallò modo el cuydado de todos, para ſuplir las auſencias del Sol; y unos à otros ſe daban deſde las ventanas los buenos dias, diciendoſe requiebros de luz con los ojos: y aun pudieran con la boca, ſi el repique de campanas, que tomò la coſa por ſuya, no huviera comenzado à hacerſe lenguas, y à parlar mas, que ſi èſte en alabanza de la Reyna. Con todo eſſo, no dexaban de oirſe muy bien los gritos de polvora, con que explicaba à todos la Ciudad deſde la Plaza del Palacio el gozo, que no la cabia en el pecho, y le echaba al ayre en las encendidas expreſsiones, de fuegos artificiales de gran primor, que poblaban la Eſfera de luz, y los corazones de guſto.

Todo eſto no era mas, que prevenir los animos, y embiar volantes à las Eſtrellas, que las aviſaſſen de la funcion, por ſi tenian curioſidad de verla. Yo no sè lo què ſucediò; lo que sè es, que los boladores bolaron haſta allà, y que les picò la curioſidad à los Aſtros, ſegun hicieron, al benigno influxo del Aſtro, que dominaba Pamplona, arrollar las nubes, porque ſe vieſſe el veſtido de raſo azul, que ſe avia echado para la celebridad el Cielo. En efecto, eſtuvo eſta noche el Cielo muy alegre: debiò de ſer por mirarſe tan bien retratado en las Eſtrellas, y Eſtrellones, que poblaban el aire, y le hicieron tener ſus preſumpciones de coſa mas alta. Continuò aſsi la competencia entre el Cielo, y Pamplona en lucir, pagando à las Eſtrellas ſu luz, con los rayos, que ſe embiaban en exhalaciones àcia arriba, haſta que echando el reſto, y rebentando la mina, ſe diò fuego à un hermoſo Caſtillo, que ſe avia armado en la miſma Plazuela. Nadie dixera, encerraba en sì tanto fuego el diſsimulo de ſu apacible viſta; pudo paſſar por Veſubio, ò Mongibelo, pues componia bien hermoſos matices en lo de fuera, con una tempeſtad de truenos, rayos, y relampagos en las entrañas. Bien ſe conocia en eſta noche el calor, conque avia tomado Pamplona la celebridad de ſu dicha, y que tenia mucha polvora el que inventò coſa tan buena. Hicieron mucho ruido en Pam-

plona

plona los fuegos: y con eſſo he dicho; quanto ay què decir en el aſſumpto, porque una Ciudad, que cria à ſus hijos deſde las primeros arrullos de la cuna, haciendo los oìdos al reſonante eſtruendo de la Artilleria, no ſe contenta con coſa, que no meta mucho ruido, y haga eco, que ſe oiga en todas partes.

Yà teniamos todos aturdidas las cabezas con tanta tempeſtad; y aſsi atronada, como eſtàba la Muſa, me eſtàba retozando, y poniendo en tentacion de decir quatro coſas para coronacion del dia. Dexème llevar de la tentacion, y à la luz de las luminarias hice eſte

VITOR.

VIva, Vitor Pamplona
flor de Navarra,
para ſer el echizo
de ſus Monarchas.
En ſus Cadenas
eſſavone à ſus glorias
otra mas nueva.
En ſervir à ſus Reyes
yà peina canas;
quien al vèr ſus verdores
lo imaginàra?
Tiene ſu gloria
calidades de Fenix,
que ſe remoza.
Tan en flor tiene el raſgo
ſu vizarria,
que ay muchos, que la llamà
la gran Florida.
En los cortejos
juzga venialidades
aun los exceſſos.
Aunque es cuerda, y prudente:
quando la apuran,
en funciones airoſas
hace locuras.
Si ay algo de eſſo
ſale de sì; y la toma
por eſſos cerros.
Que lo diga eſta noche;
vereis el aire,
conq̃ la echò en ſus barbas
mil claridades.
A buen partido
no hizo noche en Pamplona
por aorrar ruidos.
Si la noche ha eſperado
no mas que un Credo,
de un artazgo de luces
la huvieran muerto.
Quando eſcapàba;
rebentàban lo Cohètes
por alcanzarla.

Un

Un batallon de lucẽs
iba tras ella,
con tropas abanzadas,
que iban en Ruedas.
Hagome cargo,
que èste dia la Noche
fuè contravando.
Por si daban con ella
en el abance
llegàban esgrimidos
brabos Montantes.
Y assi èsta Noche
monteantàron los Cohetes
à troche, y moche.

Lo quẽ es en el Castillo
dicho se estaba,
que hechas fuertes las luces
se encastillàban.
En su defensa
acordonàba rayos
montàba estrellas.
Enfin todos decian
vitor Pamplona:
y eche de estos diamantes
en su Corona.
Suba à las nubes
hasta dàr à los Cielos
zelos azules.

ESTANCIA DE LA REYNA NUESTRA Señora en Pamplona.

AViendose retirado de las puertas de Palacio la gente, à pesar de su gusto, y complacencias, esperò con ansia à que amaneciesse el dia 26. para informarse quanto antes de la salud de su Magestad. Luego que fue tiempo, embiò la Ciudad en su nombre al Señor Don Pedro Joseph de Gaztelu, Regidor Cabo de la Navarrerìa, à expressar al Señor Marquès de Peñafuente el cuydado, en que estava la Ciudad, hasta saber, còmo lo passaba la Reyna nuestra Señora, despues del cansacio del viage. Pe-

ro luego se saliò de cuidado, aviendo dicho el Señor Marquès à dicho Señor Capitular, lo passaba muy bien, y sin que la huviesse causado novedad, ni la agitacion del camino, ni la estancia del Palacio. Añadiò despues, quan satisfecha, y bien servida estaba su Magestad de la fidelidad, y obsequio, conque la Ciudad explicàba su reconocimiento. Esta misma diligencia hicieron este dia los Señores Obispo, y Cabildo de la Santa Iglesia; los Señores Regente, y Tribunales, Governador, y Militares de graduacion, y todas las Personas mas distinguidas de la Ciudad. Haciendo todos èste, y los demàs dias en demonstracion de su gozo numerosa Corte en los salones de Palacio, en donde ha avido siempre el mas frequente, lucido, y numeroso concurso.

Este dia continuàron por toda la Ciudad, y especialmente à la Plazuela de Palacio las mayores demonstraciones de gozo, y jùbilo; como que reventàban todos por mostrar su complacencia, en que el Cielo les huviesse metido en su casa tanta dicha. Anduvieron las Danzas à bueltas todo el dia; y avia quien dudaba, si tenian pies, assi porque no sabian, còmo podia aver pies, para travesear tanto, como porque en la ligereza de sus mudanzas no se les distinguian. Las Flautas, y Dulzainas tocàban de lo rico; y solo se reparò, que no tenian buen dexo, y se sentia un no sè

què

què de eſtrañeza, y anſia, quando lo dexàban. Puſoſe todo cuidado en el lucimiento de la Tropa, que hacia guardia à la primera puerta de Palacio, y era del Regimiento de Portugal compueſta de todos ſus Cadetes, Tenientes, y Capitanes, y preſidida à todas horas indefectiblemente de ſu Coronèl Don Miguel de Eſtrada; en las Anteſalas hacian ſu reſpectiva guardia los Alabarderos, y Guardias de ſu Mageſtad.

Eſte dia, como à las doce de la mañana, tuvieron hora, y entràron conducidos del Señor Marquès de Peñafuente los Tribunales, Conſejo, Corte, y Camara de Comptos à beſar la mano à ſu Mageſtad, y complacerſe de ſu feliz llegada: y aviendolos recibido la Reyna con mueſtras de grande agrado, ſalieron guſtoſiſsimos de aver pueſto à ſus Reales plantas, con ſus eſtrados ſus Perſonas, y en ſus manos, con ſus leyes la Juſticia.

Tambien entràron à hacer el debido omenage, y beſar la Real mano todos los Xefes, y Oficiales del Preſidio, precedidos, como de Tropa abanzada, del Excelentiſsimo Señor Governador, y del Excelentiſsimo Señor D. Juan Franciſco de Armendariz, à quien puſieron el baſtòn de Theniente Generàl en las manos ſus eſpecialiſsimos ſervicios, y ſobreſalientes meritos. Mucho guſto moſtrò la Reyna de aver viſto un Cuerpo tan lucido, y una Tropa tan uniformemẽte viſtoſa,

Hicieron ſu debido rendimiento à la Mageſtad; y à la ſalida de la Real Camara, tuve la dicha de encontrarme con tanta bizarria en la Anteſala; con que deſpertando la Muſa al golpe que la diò ſu mucha brillantèz, me vì en preciſion de ſaludarles, y dixe aſsi.

OCTAVAS.

Si la viſta en las ſeñas no me miente,
O à reflexos la luz me ha deslumbrado;
O es falſo que aya un Marte ſolamente,
O en cada qual lo veo bilocado:
Si os llegàra à mirar Marte valiente,
Dudàra entre la copia, y el traslado:
Oy el Palacio tanto Marte encierra;
Y no ay quien clame à gritos: Guerra, guerra?
Llegar, vèr, y vencer, por grande hazaña
Le diò al Ceſar en Roma ſu grandeza;
Para llegar, y vèr vencer à Eſpaña,
Baſta llegar à vèr tal gentileza.
Por vueſtra gallardìa no ſe eſtraña
Que acabe Roma, donde Eſpaña empieza;
Còmo no han de rendirſe las Naciones,
Si guerreais, cautivando corazones?

No sè ſi aun aora con eſta nueva demonſtracion de rendimiento, y vaſallage quedaria ſatisfecha la fidelidad

dad del Excelentiſsimo Señor Don Juan Franciſco de Armendariz; pues no aviendoſe contentado con aver ſalido à Zubiri, à preſentar à ſu Mageſtad el baſtòn; buſcò la ocaſion de repetir el acto, por moſtrar ſiempre de repeticion ſu fidelidad, y obſequio.

La mina de eſſe pecho generoſo,
En quien Marte encendiò llama luciente;
Rebentò al ſoplo de tu genio ayroſo,
En deſcarga de obſequios impaciente:
Eſſe aliento Marcial, y eſpiritoſo,
Nunca tardanzas à tu amor conſiente:
No cabe en Armendariz tal deſmayo;
Es un bolcàn de fuego, un trueno, un rayo.

Para eſta noche, y para la ſiguiente tenia mandado la Ciudad diſponer mucha, y muy lucida variedad de fuegos; porque no avia quedado ſatisfecho ſu garbo con los lucimientos de la antecedente; ni acertaba à explicar de una vez todo ſu gozo. Supoſe, que era de la Real complacencia de ſu Mageſtad el vèr lo ingenioſo de ſus invenciones; cõque ſe diſpuſo, ſe hicieſſe èſta, y la ſiguiente funcion en los Jardines de Palacio, à donde caìan los balcones de la Camara de ſu Mageſtad. Yo no sè, ſi preſintieron los cohetes, que les obſervaba ſu proceder, y deſempeño, teſtigo tan de toda

ex-

excepcion. Lo cierto es, que ellos ſubieron eſta vez de punto; y no cabiendo en sì de contentos, echaban los bofes por lucir, y dàr guſto. Parecia que iban de apueſta à quien mas ſube, y aun tenian por corta la Eſfera, para el ayre, con que ſe remontaban. Yà ſe alegràran, que hiciera yo una deſcripcion de ſus ayroſos lucimientos; pero bien hermoſa la hicieron ellos cõ raſgos de luz en la plana de la Eſfera; y no juzgo ſaldrà tan clara con los raſgos de la pluma en el papel. Tanto ojo de luz echabã tambien las ventanas de toda la Ciudad, por vèr ſi las decian algo; pero nadie ſe atrevia à meter en el empeño, conſiderando, que quanto ſe dixeſſe, ſeria poco, para lo mucho que merecian. Baſte decir, que las luminarias, y hogueras eran capaces de iluſtrar à eſta Ciudad; que no es poco decir; pues ſiendo ella tan iluſtre, y lucida; ſi avian de añadir algo, avian de ſubir haſta el mayor ſuperlativo de luz. Los cohetes eran primos hermanos de los de la primera noche. A que ſe añadia el eſtàr eſtos picados de la emulacion, que les hacia ſaltar, y hacer traveſuras, por pujarles la apueſta à los primeros, y echar mas allà la barra. Muchos ruidos tuvieron eſtas noches las nubes, ſobre hacerſe mas allà, y dexar à los cohetes deſocupada la calle. Cedieron, en fin, corridas las nubes, no ſin una reñidiſsima eſgrima de luces; y deſpues de aver cauſado mucho eſtruendo, y dado mucho què de-

cir à los mirones: y aun con eſſo, y ſin eſſo, no ſe hu-
viera acabado la fieſta, ſi los cohetes de mas diſtin-
cion no huvieran metido ſus Montantes.

Como todos eſtàn deſeoſos de complacer à ſu Ma-
geſtad, ſin que eche menos las diſcretiſsimas diverſio-
nes, que pudiera tener en ſu Palacio, ſe ha tenido cuy-
dado de q̃ vayan à divertir à ſu Mageſtad los mas dieſ-
tros, y primoroſos Muſicos de eſta Santa Igleſia; que
como ſe eſmera tanto en la aſsiſtencia del Coro, guſta
de poner en èl los mayores eſmeros de eſta Arte; eſpe-
cialmente quando aviendo echado eſtos lo mas alto el
contrapunto en alguna otra ocaſion, en que ſu Ma-
geſtad les ha oìdo en los Templos, tuvieron la dicha
de aver dado guſto al buen guſto de ſu Mag. Han con-
currido pues à los Salones de Palacio à ſervir à la Rey-
na, y divertir à las Damas de ſu Mageſtad, como tam-
bien al numeroſo concurſo de Miniſtros, y Cavalleros,
que hacen frequentemente Corte en las Ante-Cama-
ras. Han hecho, ſin duda, exceſſos, aſsi eſtos, como
los Muſicos de ſu Mageſtad. Es verdad, que han teni-
do la deſgracia, de que arrebatados, con juſtiſsima
razon, los oìdos de mayor embeleſo, ſe puede decir,
que no les quedaban oìdores, que hicieſſen juſticia à
ſu mucha gracia.

DIA DOS DE OCTUBRE.

CORRIDA DE TOROS EN PRESENCIA de ſu Mageſtad.

NAvarra, Patria ſin duda del Valor, Paìs del Ingenio, y Solar, de donde pueden probar Hidalguia, y Antiguedad todas aquellas airoſas calidades, que forman el caracter de un joven expedito, raſgado, intrèpido, y advertido, tiene por propiedad en quarto modo un accidente, que es accidente comun à lo reſtante de Eſpaña. El es un accidente muy fiero, y que â muchos ha coſtado la vida; tiene uñas, y al que cogè, ſuele dexarle perneando, como dicen, en los cuernos del Toro: con eſſo llevo declarada la enfermedad; pues avrà pocos en Pamplona, que no eſtèn practicos en conocer ſus ſymptomas, ſegun ha cundido, mas que en otro alguno Lugar de Navarra èſte achaque tan del humor, y complexion de ſus Naturales. Mucho antes que vinieſſe ſu Mageſtad, yà tenian algunos encerrados los Toros por lo menos en ſu juicio, ſin que ſe les pudieſſe quitar de la cabeza, y del cerrado de ſu mollera; conque aora, que veìan de cerca el motivo de ſu jùbilo, y alborozo, no ſerà mucho juicio temerario, decir, que incorporados con la tropa de los muchachos clamarìan tambien, por lo menos à ſus capotes: *Señora Reyna, diga Vſte, que haya Toros.*

Con

Con efecto la Ciudad deſeoſa de complacer à ſu Mageſtad con todo geneto de diverſiones, y de dàr èſte buen dia al guſto de todos; embiò ſus Diputados à ſu Mag. para que por medio de ſu Mayordomo mayor, les dieſſe à entender, ſi guſtaria de èſta diverſion; y diſpuſieſſe ſu Mageſtad en eſſe caſo el dia, hora, y ſitio, en que ſe avia de executar: y aviendo ſu Mageſtad reſpondido, no queria quitar ni à la Ciudad eſſe lucimiento, ni al Pueblo eſſe guſto; ſeñalò el dia dos de Octubre; y la Plaza del Caſtillo, por mas apropoſito, que la Plazuela de Palacio. Con eſta reſpueſta de ſu Mageſtad no es decible la brevedad, conque diſpuſo la Ciudad los toriles, tablados, y varreras con todo lo neceſſario para la fieſta; baſta decir, que andaban todos los oficiales de corrida, que ſi en otras partes ſignifica prieſa, en Pamplona ſignifica agitacion, como de fieſta de Toros. Buſcàronſe por la pinta los mas bravos, mas ſañudos, y mas à propoſito para llenar el Circo de terror, y braveza. De aquellos que

... Vulcanum naribus efflant
Æriedes Tauri; rapidæque vaporibus iræ
Ardent.

Metam. Ovid. lib. 7.

De aquellos, que agitados de ardor ciego
No reſpiran ambiente, ſino fuego.

Traìdos èſtos con la mas pronta diligencia, y conducidos

cidos por la Rochapea hasta la Plaza, se dexàron meter en su Toril, disimulando su fiera intencion por entonces, hasta lograr el lance, y hacer de las suyas. Assegurada yà la Corrida con los cerrojos del Toril, se diò aviso al Señor Marquès de Peñafuente, y se le entregò la llave; y aviendolo puesto èste en noticia de su Magestad, recibiò orden de disponer la salida para la Plaza del Castillo. Iba el acompañamiento de su Magestad muy lucido. Precedian las Danzas, Flautas, y Tamboriles; ensalada, que jamàs dexaba de dàr sainete, y hallarse en toda funcion, como Tamboriles de todas bodas. Despues iban los Batidores, è immediata la Silla de su Magestad, rodeada de los Alabarderos, y sostenida de los dos Essentos, y junto à la Silla el Mayordomo mayor Señor Marquès de Peñafuente. Despues se seguia la otra tropa de Guardias, que cerraba; rematando todo con la Carroza de Respeto de su Magestad, à que se seguian otras tres, todas hermosissimas, y de gran valor, en que iban la Señora Condesa de Santibañez, Camarera mayor de la Reyna: la Señora Marquesa de Peñafuente con su Hija, y las mas principales Damas de su Magestad. Passò la Reyna con toda su Real Comitiva por entre dos filas de Granaderos, que estàban dispuestos, y haciendo calle hàsta la casa de la Ciudad, en donde se avia prevenido un hermoso Sitial, cerrado de christales, simetricamente colocados

dos para la comodidad de la Reyna Nueſtra Señora; Al entrar la Comitiva, y vèr la ſilla de ſu Mageſtad, comenzò una tan reſonante confuſion de Vitores, que pudiera aver deſpertado à los que dormian la ſieſta en Villaba, ſi aſsi en Villaba, como en los demàs Lugares del contorno, y mucho mas, huviera avido hombre tan dormido, que no huvieſſe deſpertado al ruido de una fieſta tan por todos titulos plauſible. Lo que sè decir, es, que eſtaba la Plaza de gente, que no cabia mas; y aun la que cabia, no viviò por aquella tarde à ſus anchuras; porque à todos ponian en fuerte aprieto, mas que los Toros, aquellos miſmos, que les guardaban los lados.

Luego que llegò ſu Mageſtad al balcon, entrò por la Plaza el Cuerpo de Miniſtros de Juſticia, deſpues de los quales, venian, ſegun la coſtumbre, el Señor Alcalde de Corte, y Alguacil mayor; quienes, hechas ſus debidas reverencias à ſu Mageſtad, ſe retiràron con la llave, que les echò el Señor Marquès, dando las providencias mas executivas para el deſpejo de la Plaza. Quedò à poca diligencia deſocupado el Theatro, para que le llenaſſen de guapeza, y garvo ocho airoſos jovenes, que veſtidos de uniforme de ſeda azul con toneletes encarnados pudieran hacer ocho de Abril à ultimos de Septiembre, y dàr zelos à aquellos antiguos Gladiadores, que tanto nos cacarea la

ſuperſ-

ſuperſticion de los Romanos. Iban guapos como de mano de la Ciudad, que con ſus veſtidos parecia averlos reveſtido de todo ſu aliento, y preſencia de animo. Pidieron licencia à ſu Mageſtad para no quedar irregulares, y hecha la gracia, ſignificada en la ſeña del Senor Marquès de Peñafuente, ſe ſuſpendiò el murmullo, echando todos tanto ojo àzia la parte del Toril, por vèr, ſi ſalia algun Toro maeſtro à dàr las buenas tardes à los Toreadores, y eſtrenar el Circo, ſegun entendia un buen Cura de Aldea, algo Griego en el Latin, y Baſcongado en el Romance aquel verſecito de Virgilio: *Conticuere omnes, intentique ora tenebant. Inde thoro Pater...*

Saliò finalmente, y llenò la expectacion de todos el primer toro, ſaliò bomitando furias, y reſpirando fuego, abriendo calle por entre los Toreros à punta de lanza, que llaman haſta los Latinos, y muy picado de que ſe huvieſſen atrevido de primer embite à mojar en èl cada uno con dos vanderillas, y mucha ſuerte. Mas, ò fueſſe, que cogiò mulo, al verſe tan ajado, ò que al bolver la cabeza ſe aturdiò con tanta Mageſtad, luego conocieron todos, que ſe avia corrido, y porque no ſe corrieſſe mas, preſto le abrieron los Toreros, muchas puertas con los eſtoques, para que fueſſe à cumplir la ſentencia de arraſtrado. Parece que los Toros por diſimular mas la fiereza de ſu intencion, iban echando

an-

delante los mas machuchos, ò por reſpeto à la Mageſtad, ò porque deſcuidados los Toreros, les dieſſen ocaſion de cobrar las atraſadas al ultimo, ſacandoſelas todas à la colada, los que quedaban à deſpicar el vulnerado honor de ſus hermanos. Con efecto ſaliò el ſegundo toro, y aunque noble ſegun ſu deſcendencia, y linage, y ſegun las pruebas, que avia moſtrado por la mañana en el encierro, firmadas con la ſangre de un teſtigo; con todo eſſo toda ſu brabura pareciò brabura de teta à viſta de unos Jovenes tan valientes, y de cuyas manos no huviera ſalido con vida el miſmo mentido Toro robador de Europa, ſi no es que ſacaſſe los titulos de immortal, y ſempiterno, que le daba el nombre de Jupiter.

Apenas avian echado de la Plaza mal pareciendo èſte toro, aparecieron en ella bien parecidos dos brioſos Jovenes en trage de Eſtudiantes con chupas, y calzon de terciopelo negro, toneletes de brocado, ſombrero chambergo, y zapatilla blanca, y encaminandoſe à compas àzia el Doſel de la Reyna, pidieron con los mayores rendimientos licencia, para preſentar, ò repreſentar à ſu viſta por rendido obſequio los frutos de ſu aficion. Obtenida èſta; bolvieron à abrir la puerta à una tropa de quatro Damas, y otros tantos Galanes, que airoſamente pareados llegàron haſta la frente del Balcon de ſu Mageſtad, llevandoſe las atencio-

nes

nes del concurſo; y dando embidia con la gala de ſus veſtidos, y gentileza de ſus talles à muchas, que con preſumir mas, no quiſo la naturaleza, que llegaſſen à tanto. Hicieron à ſu Mageſtad la venia, y comenzàron una Danza ſeria, pero con tanto chiſte, grazejo, y ſal, que en los airoſos lazos de ſus compaſes texieron à ſu deſtreza una Corona, que llevaba por piedras los ojos de todos, y por eſmalte la calificacion de los dieſtros, que eran muchos, y todos votàron por ſu eſpecialiſsima gracia, aun ſiendo votos de pura juſticia. Bien claro lo gritàba el clamoreo de los Vitores, deſpues de los quales un Curioſo ſe explicò aſsi con los que eſtàban al lado.

Una Danza ſingular
Y entre muchos, ordenàron;
Porque aunque pares bailàron
Les ſaliò el bayle ſin par.

Luego que ſe retiràron los que componian el bayle sèrio, (que fue muy luego, para el diſcreto embeleſo de los que ſentian enredado ſu guſto en ſus lazos, ſin acertar à deſprenderlo) ocuparon el theatro ocho figuras eſtrafalarias, que quiſieron ſer fantaſmas, y paràron en Angelones de Taberna, veſtidos de colorado. Venia cada uno con ſu ſaco bobo, pero no venia forrado en lo miſmo; pues deſmintieron tan diſcretamente las ſeñas, que todos decian: *Eſtos no ſon ſu figura; y à fe, que no ſon bobos los Licenciados.* Es cierto, que

bobos, ò no bodos conſiguieron el dexar hechos unos bobos, y diſcretamente embobados à los hombres de mas juicio. Eſtos, pues, bobos de perſpectiva, y diſcretos en la ſubſtancia, formaron ſu bayle con tanto concierto, pero con tan dieſtras, promptas, y ridiculas figuras, que no huviera avido quien no ſe deſcalzaſſe de riſa, ſi lo apretado que eſtavan todos, huviera dado lugar à ſoltarſe las hevillas. Eſta tarde, me aſſeguran inteligentes en el Arte, ſe curaron muchiſsimas hypocondrias, que por incurables, auian paſſado à melancolìas perpetuas; y deſde entonces yà parece que no peynan canas los viejos, porque todas las echaron al ayre, al vèr el de los bobos, y ſus figuras. Un defecto tuvieron, (y en eſſo, con licencia de ſu mucha cordura, fueron unos bobos) que fue el aver durado tan poco en la Plaza; pues dexaron à todos con la leche en los labios, y mas que con apetito, con hambre de un platillo tan ſazonado, y bien diſpueſto. Nadie echò de menos aquel rato los Toros, que es mucho decir en un Pueblo, en que ay muchos, que dexàran de comer por vèr una corrida. Salieron, pues, de la Plaza con el mayor aplauſo, y Vitores, y un Poeta les echò eſta, por no dexar de hacer figura.

De vueſtra cuenta un fin cuento
Contaba la admiracion,
Pues haciais un milſon,
Mientras un bobo hace ciento,
Baylaſteis que fue un contento.
Mas con brevedadconciſa:
Y en Mogiganga preciſa,
Con mudanzas verdaderas
Os alabaron deveras,
Y os miraron muy de riſa.

Yà

Yà ſolo quedaban en la Plaza los dos aficionados, que haciendo mudar de theatro à la farſa, iban llenando de ſaynete la tarde con tanta variedad. Saliò el Toro, y ſaliò, porque ſe la intimaba ſu vara mayor; con que ſaliò por juſticia, y de mala gana; y es, que como debe de averſe eſtendido entre ellos la deſtreza de los q̃ paſsàban por Eſtudiantes, y ſon unos mata Toros, ò mata ſietes, yà avia corrido la voz, y los temblaban. En efecto les huia el cuerpo, con tanta deſtreza, que les coſtò mas el ponerle una vanderilla cara à cara, que à otros coſtàra poner una pica en Flandes. Pero ni por eſſas; antes, como no guſtan de hablar por detràs, y andar royendo los zancajos à los Toros, cuerpo à cuerpo le buſcaron repetidas vezes, y le hicieron venir à buenas, à peſar de ſu fiereza; haſta que confeſſando el Toro ſu arrojo en averſelas querido tener à tieſas, al caèr de rodillas, para pedir perdon, herido el corazon de ſentimiento, èl miſmo parece que ſe ayudò à morir, de miedo de que no le mataſſen.

De alquitràn parecia el Toro que ſaliò immediato: no he viſto deſembarazo mayor, ni mayor deſpejo; pero como eſto era lo miſmo que tocar al arma à los esforzados Eſtudiantes; ofendido mas altamente nno de ellos de tanto deſahogo, fue à decirle cara à cara dos razones, que no le avian de ſaber bien, porque picaban. Encontròle junto al miſmo balcon de ſu

Ma-

Mageſtad, y allí miſmo ſe las encaxò entre ceja, y ceja, con tanto ayre, que al vèr herido el Toro ſu pundonor, quiſo echar por eſſos cerros, y tirar al que aſſi ſe le atrevia, mas alto, que baxo. No tuvo mala ocaſion por una caſualidad; pues resbalando el Eſtudiante en la ſangre, que el antecedente Toro dexò en la Plaza para publico eſcarmiento, cayò; y le huviera ayudado el Toro à levantar, ſi embiſtiendo èl al cuerno derecho de aquel exercito de furias, no ſe huviera hecho fuerte con èl, aſſegurando la victoria con las armas de ſu enemigo. Aſsi mantuvo el campo, bregando mucho tiempo con el furor de ſu contrario; haſta que acudiendo las tropas auxiliares de ſu compañero, y aliado, llegaron à las armas cortas, y dieron en tierra con ſu poder, menguando el reſplandor de ſu media luna, y quitandole muchas vanderas por deſpejo del triumpho.

Con igual fortuna, y no menor deſembarazo fueron los dos Amantes de Teruel dando cabo de ſus enemigos, haſta jugar con ellos, y darles en ſus miſmos hozicos, no ſolo con las manos, que eſſo era poco à ſu gentileza, ſino aun con los pies, en ſeñal de deſprecio, y de que ponian à ſus pies la brillantèz de ſus lunas. Con todos acababan tan preſto, que yo notè, que los Toros eſta tarde todos morian de muertes repentinas, ſin templarles la noticia, para que la fueſſen tra-

gan-

gando poco à poco, ſin darles de un golpe el trabucazo. Conociòlo un Toro, que hizo mas del mogigato, en tono de Gatica de Mari Ramos, y apelando à la piedad de la Reyna ſacò treguas; y acaſo huviera ſacado indulto, ſi aviendoſe hecho prueba informe de ſu perverſa intencion, y mala vida paſſada, no le huviera ſu Mag. relajado al tribunal de los Toreadores; y como le tenian buenas ganas, y eſtavan cõ buenos azeros, contra èl, deſpachàron preſto ſu cauſa, y fue condenado à hacer quartos. No quiero decir nada de un Toro, que diſsimulando ſerlo, era mas de lo que parecia, porque era un Veſubio. A eſte le echaron, por la variedad, unos valientes Alanos, que con un recado, que le dixeron à la oreja, le hicieron brincar, y le levantaron en peſo. Eſte Toro, aunque eſtuvo dado à perros, divirtiò muchiſsimo el Theatro; porque los perros jugaban con èl, y debia de ſer à la emperrada; haſta que jugando deſpues al hombre con los Toreros, perdiò ſus quartos, y muriò de puro dolor.

Toda la funcion ſe huviera concluido ſin deſgracia, ſi no huviera ſido tan ſobre toda ponderacion la oſſadìa, y arrojo de los aficionados; bien, que como el azar, ſi no es mucho, dà ſaynete, y el agridulce no dexa de llevarſe las atenciones del paladàr, por ſerlo; quiſo la ſuerte, que ſalieſſe à la Plaza un uracàn de furias en forma de Toro, de aquellos, que ſe pàran en

la

la puerta del Toril, para mirar al Auditorio, como Predicador corrido, haciendo colera, para echar el golpe mas ſobre ſeguro; y dandoſe ayre con el abanico de la cola, porque no les piquen las moſcas. Eſte, pues, *ſubſedit dubius, totam dum colligit iram, mox ubi ſævæ ſtimulavit verbere caudæ*; y herido, y picado del garbo de uno de los Eſtudiantes, que no ſe acordò de decir el no nos dexes caèr, quando rezò el Padre nueſtro, acometiò à poner pleyto al mucho deſembarazo del Toreador; y aunque de primera entrada no ſacò coſa de ſubſtancia, ſe agarrò de una friolera, è introduxo con agudeza un articulo por el tonelete, con que le hizo caèr, y llegò el negocio à correr ſangre: haſta que cogido el agreſſor *in fragranti*, à ſangre caliente le hizo la Cauſa, y pagò con la vida, como derramador de ſangre humana. Eſte ſolo azar huvo, en una tarde, en que hicieron los dos aficionados los mayores prodigios, y pruebas de deſtreza, y valor. Es verdad, que como no ay Homero tan deſpierto, que no ſe eche alguna vez ſu ſueñecillo, preſto ſe echò tierra à la ſangre, porque la cubria de gloria, y aplauſos la univerſal acepcion, que mereciò de todos, quantos le han viſto, la bizarria, y deſtreza de ſu primor. Todos le ofrecian ſus pañuelos al joven, para reſtañar la ſangre. Yo, como no le tenia, le ofrecì eſte papel, que fue lo que encontrè mas à mano.

Lucan. lib. 1.

El

No pudo influxo fatal,
De media Luna menguantè,
Eclypsar, ni un solo instante,
Tu pleni-gloria total.
Triumphaste con ayre tal,
Y con tan feliz brabura,
Que el ser la suerte tan dura,
Fue, q̃ el Toro ciego, y brabo,
En vez de dàr en el clavo,
Acertò con la herradura.

Os portasteis cada qual,
Mas que cada qual creyera,
Erais cada uno una fiera,
Y cada golpe mortal.
Al vèr la fuerza toral,
Que hizo vuestro brazo fuerte,
Buscaba el Toro la muerte;
Porque al verla tan lucida,
Antes que quedar con vida,
Queria morir con suerte.

Luego que se acabò la Corrida, y murieron todos los enemigos, (que assi se pueden llamar animales tan feroces) se encendieron lucientes hachas, y se iluminò la Plaza, ò para la solemnidad del entierro, ò por memoria del triumpho, ò mas antes para lucimiento de la Ciudad; que no era razon quedasse deslucida, quando llegaba yà al mas alto Zenith de luz, y brillantèz. Siguiòse un hermoso Castillo de fuego, que avièndose introducido hasta el centro de la Plaza, comenzò à vomitar tanto incendio, que luego conocieron todos, que alguna inflamacion interna le abrasaba las entrañas. Es verdad, que aunque crugia con el ardòr de la calentura, y daba violentos gritos, como si estuviera de parto, todos nos consolamos, al vèr tantas luces, como diò à luz, con felicissimo alumbramiento. Acabada con tanto estruendo la funcion, bolviò su Magestad à su Palacio, gustosissima del complexo de toda la fiesta, y acompañada de su Real Comitiva, en-

tre quienes se incorporò una brillante Tropa de Archeros, ù de Acheros, que iban despejando la noche; porque en dia tan lucido para la Ciudad de Pamplona, llegasse dedia su Magestad à su Palacio.

Despues de todos estos regozijos, y alborozos; para engrandecer el cortejo, y ser la mas noble coronacion de la fiesta, llegò desde la Corte à esta Ciudad el Excelentisimo Señor Marquès de Sáta Cruz del Viso, à felicitar de parte de sus Magestades à la Reyna nuestra Señora, y darla gustosos placemes de su feliz llegada. Fue recibido con las mayores demonstraciones de jùbilo, assi por lo que representaba su Caracter, como por el caracter de los elevadissimos blasones, heredados, y adquiridos, con que le representaba; no siendo el menor, entre estos, el que le cupo à su excelentissima Ascendencia en la gloria de este Reyno. No es facil describir tanta grandeza: mas de algun modo la dio à entender el que hizo este

SONETO AL EXCELENTISSIMO SEñOR Marquès de Santa Cruz.

Toda su Magestad en tu Grandeza,
Por hacerte mas Grande, puso el Cielo,
Mirando en la excelencia de tu buelo
Arduos alientos para tanta alteza.

Acier-

Acierto fue poner en tu cabeza
la inmortal gloria del Hesperio suelo.
Quanto que el Español Marte tu Abuelo
Don Alvaro Batzàn la diò firmeza?
Tanto heroyco blason tu honor empeña
A la mayor grandeza en las Españas,
Sin registrar à Flandes sus Campañas,
Sin buscar monumentos en Cerdeña,
Que un Nobiliario entero en sus hazañas,
Se gastàra, sin mas que hacer reseña.

Estas son las alegres, y festivas demonstraciones, con que solemnizò la muy Noble, y muy Ilustre Ciudad de Pamplona el recibimiento de la Reyna nuestra Señora Doña Mariana de Neoburg, primera Viuda de España. Aqui falta unicamente la gracia, con que se hicieron; pero ni cabia en mi pluma su pintura, ni sè si avrà Pintor tan diestro, que la dè el alma, que ella se diò à sì misma. Si solo esta gracia echares menos, amigo Lector, te pudiera responder con el otro:

Ah! nimium est, quod Amice petis; moderatius opta;
& voti quæso contrahe vela tui.

En tu mano està, sin embargo, suplirme la gracia, que à mi me falta, solo con que quieras hacerme la

gracia de perdonar la moleſtia; con eſſo quedarèmos en gracia, y amiſtad, mientras (por dexar con remate eſte papel, ò ſi quieres rematado) alude mi Muſa al triumpho, con que entrò triumphando de las voluntades de todos la Reyna nueſtra Señora deſde el Pyrineo à Pamplona.

CANCION.

COn que triumphò dos veces, coſa eſtraña!
En la aljava de amor, flechando agrados
Con triumphos duplicados
El Rhin de toda Eſpaña?
Conque hecho yà ſeñor de la Campaña,
Engrandeciò ſu madre? y ſu corriente
Olas encreſpa, exercito luciente,
Con que hinchado ſe abanza?
Y en triumpho repetido,
A la altura de Eſpaña ſe abalanza,
Montando al Pyrinèo el ceño erguido?
Es aſsi: venciò el Rhin, pues le corona
Maria Ana de Neoburg deſde Pamplona.

Es aſsi, yà eſſe Monte, que Gigante,
Deſcuella entre los Riſcos ſu cabeza,
Y tiene en ſu grandeza

Pre-

Preſumpciones de Athlante,
Al vèr el triumpho, deſnudo el turbãnte,
Inclinò la cerviz, tendiò la eſpalda,
Sirviendo al triumpho alfombra de Eſmeralda.
Yà el Pyrinèo ufano,
Que ſobervio, y altivo
Trata con las Eſtrellas manò à mãnõ,
Dexando horrores, ſe moſtrò feſtivo;
Guſtòle el triumpho, y aplaudiò la fieſta,
Y formò Arcos triumphales de ſu teſta.

Bolviò el Rhin à bañar eſtas Regiones,
Dexando en gozos inundado el guſto;
Y en triumpho tan Auguſto,
Afuer de aclamaciones,
Vandera levantò en los corazones.
Forzò las lineas, abanzò el aſſalto,
No el panicoa terror del ſobreſalto;
Si un obſequio rendido,
Hijo de la obediencia,
Que ſin rendirla plaza à infiel olvido,
Mantuvo con el Rhin ſu inteligencia;
Y es que en afecto nunca bacilante,
Reyna Maria Ana aun quãdo no era Reynãnte.

Trium-

Triumphaſte en la altivèz del Pyrinèo
De la brabeza del Leon rugiente;
Tus plantas reverente,
Con venturoſo empleo,
Beſa guſtoſo, en ſeñas del tropheō:
Eſtendido el vellòn de ſu melena,
Forma à tus pies tapete por eſtrena:
El Trono à tu grandeza
Forma el blaſon Navarro;
En èl te pone Eſpaña en una piezā
Todo ſu honor en Mapa el mas bizarrō;
Que en tocando el honor Armas Navarrās,
No paſſa à mas, porque tropieza en Barras.

Triumphe inmortal ſu gloria ſin menguante,
Siempre eſtè en Plenilunio ſu creciente;
El Clarin eloquente,
La Cithara ſonante,
En ſylabas de luz tus glorias cante:
Raſgue el Marfil la Lyra, haſta que el Mundō
Sepa, que un Phenix, caſi moribundo,
Remozada ſu gloria
En mas feliz Campaña,
Hizo eterna ſu vida à la memoriā,

Para

Para eterno blaſon de nueſtra Eſpaña.
O! ſea vida de Fenix eſſa vida,
Darà Eſpaña ſu gloria por cumplida.

Cancion, para ſeguir tan altas huellas,
Neceſsitabas plectro mas ſonòro,
Que con cadencias de oro
Peynaſſe luces, y rizaſſe Eſtrellas.
Mejor es, Cancion mia,
Dexar el Inſtrumento,
Porque un callar atento,
Tiene à veces ſin voz mas harmonìa.

F I N.

INSTITUCIÓN BENÉFICA DEL RAMO OBRA SOCIAL Caja de Ahorros de Vitoria

El ſegundo de eſtos dias, que fue el 27. fue tambien à beſar la mano à ſu Mageſtad el Iluſtriſsimo Cabildo de la Santa Igleſia, que ſaliò formado deſde la Cathedràl, y preſidido de ſu Iluſtriſsimo Prelado. Tambien la Ciudad avia pidido yà deſde el dia antes al Señor Marquès de Peñafuente dia, y hora, en que cumplir con eſta obligacion; para la qual fue formada deſde la Caſa de Ayuntamiento, y acompañada de los Cavalleros, y Ciudadanos de la primera diſtincion; à quienes precedia, diſponiendo el camino, todo el aparato de Danzas, Juglares, y Flautas, y deſpues los Tymbales, y Clarines, con los demàs Miniſtros de la Ciudad. Lo miſmo hicieron las Comunidades Regulares, que concurrieron todas de acuerdo juntas, y precedidas de ſus reſpectivos Superiores. Y por decirlo en una palabra, no huvo en Pamplona Comunidad de diſtincion, que no ſe dieſſe luego por entendida à las vozes, que à todos daba, tanto ſu obligacion, como la admirable dignacion de la Reyna nueſtra Señora.

Luego que ſu Mageſtad llegò à Pamplona, mandò, que ſe diſpuſieſſe, y comenzaſſe con Real magnificencia en la Igleſia de las Madres Carmelitas Deſcalzas, una Novena à aquella Heroyna Eſpañola, Sagrado bolcàn de Divino incendio, y compendioſo eſmero de perfeccion, la glorioſa Virgen, y Doctora Santa Thereſa de Jesvs: y queriendo cumplir con ſu indecible piedad,

tuvo

tuvo todo el Pueblo el singularisimo gusto de bolver à vèr à su Reyna, y Señora, que fue esta vez à dàr principio à la Novena, sin que fuesse parte à detener à su Magestad en su fervor el inevitable cansacio del viage del dia antecedente. Dexò su Magestad à la Santa monumentos de su piedad, y Real magnificencia, y tuvo el gusto de que la besassen la mano las Religiosas, à quienes recibiò con singularisimo agrado. Los dias inmediatos, en quanto el tiempo lo ha permitido, ha mostrado su Magestad su gran piedad, y devocion, honrando los Templos de las Comunidades Religiosas, q̃ todas, à porfia, los aderezan, y disponen con la mayor obstentacion, y asseo, para su recibimiento. En todas estas piadosas funciones và sirviendo à su Magestad el Señor Obispo, y es tan numeroso el concurso de toda suerte de gentes, que concurre, como si no huvieran visto à la que tanto les ha robado los afectos, y veneracion con su amabilisimo agrado.